

PERÍODO CONTEMPORÁNEO

ABLARD, Jonathan, *Madness in Buenos Aires: Patients, Psychiatrists and the Argentine State, 1880-1983*, Calgary, University of Calgary Press, 2008, 319 pp.

Es de sobra conocido que el abordaje de los problemas sanitarios, considerados desde un punto de vista «colectivo», ha desempeñado un importante papel en la gobernabilidad de los pueblos y en la conformación de los Estados modernos. La higiene, la psiquiatría o la medicina legal, por poner tres ejemplos bien significativos, han contribuido, de manera más o menos destacada según los casos, al diseño y desarrollo de programas de ingeniería social que, de manera exitosa o con rotundos fracasos, pretendieron sentar las bases de los Estados liberales y de la modernidad que éstos encarnaban.

En *Madness in Buenos Aires*, su autor acomete el estudio de algunos aspectos relevantes de la psiquiatría en la Argentina entre 1880 y 1983. Su pretensión no es, sin embargo, hacer una historia de la psiquiatría en sentido estricto, sino reflexionar sobre la conformación del Estado nacional y su relación con la mencionada modernidad y con los importantes cambios sufridos por la sociedad argentina a lo largo del período estudiado.

Tras una amplia introducción repleta de apuntes metodológicos que apuestan por el análisis de las relaciones entre psiquiatras, pacientes y familiares, se pasa a estudiar de qué manera y bajo qué premisas se fue construyendo todo un dispositivo asistencial psiquiátrico, muy superior al del resto de América latina, con la sola excepción de Brasil. Resultan muy sugerentes las páginas dedicadas al Hospicio de las Mercedes, así como las alusiones al proyecto de la Colonia-Asilo para retardados de la provincia de Buenos Aires o a la creación de la Comisión Asesora de Asilos y Hospitales Regionales en 1906.

A este período fundacional de la psiquiatría argentina, le seguirá otro, más sombrío, en el que Jonathan Ablard da cuenta de las dificultades financieras y la decadencia que sufrieron muchos de los establecimientos psiquiátricos argentinos. Aporta datos interesantes, que son producto de una importante labor de investigación de archivo, sobre la falta de medios materiales y de personal.

El capítulo dedicado a «Ambiguous spaces: Law, Medicine, Psychiatry and the Hospitals, 1900-1946» es, en realidad, una adaptación de la aportación del autor a la obra colectiva coordinada por Mariano Plotkin, *Argentina on the couch. Psychiatry, State, and Society, 1880 to the Present* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003); una buena forma de reutilizar un interesante texto que adquiere ahora una dimensión algo diferente y muy necesaria en el contexto general de la obra que

comentamos, pues analiza las obsesiones de las élites argentinas por la defensa social a través de las normativas legales que regularon los ingresos hospitalarios de los pacientes mentales. Estos aspectos son continuados en los capítulos sucesivos, haciendo hincapié en la aparición de los distintos agentes sociales que intervienen en el complejo proceso de internamiento psiquiátrico; esto es, no sólo médicos y pacientes sino también jueces, abogados, familiares de los pacientes, policía e, incluso, vecinos. Todo lo cual, hace que la institución psiquiátrica sea permeable, en el sentir de Ablard, a los conflictos sociales que se generan fuera del manicomio pero que, en ocasiones, se dirimen, en su interior.

Aunque en *Madness in Buenos Aires* no hay una periodización clara de las distintas etapas en las que podría dividirse la historia de la psiquiatría argentina, una fecha sí pivota a lo largo de todo el texto, como dando a entender la existencia de un antes y un después: 1946 es, como se sabe, en año que Juan Domingo Perón asumió por primera vez la presidencia de la República Argentina, y Jonathan Ablard sitúa este momento como crucial en el desarrollo tanto de las políticas de salud y de la asistencia psiquiátrica, si no del propio Estado argentino, destacando el interés del gobierno peronista en modernizar y reorganizar el sistema sanitario. Dichas reformas fueron encabezadas por el neurocirujano Ramón Carrillo, secretario de Salud Pública primero y titular de la cartera de Sanidad, cuando ésta se creó en 1949. La política sanitaria del primer gobierno peronista ha sido objeto de recientes acercamientos historiográficos que han analizado de manera crítica la gestión de Carrillo (véase, por ejemplo, Karina Ramacciotti, «Las sombras de la política sanitaria durante el peronismo: los brotes epidémicos en Buenos Aires», *Asclepio*, 58 (2): 115-138, 2006); sin embargo, en lo que respecta a la atención psiquiátrica, el autor de *Madness in Buenos Aires*, asegura que el régimen peronista transformó totalmente el dispositivo asistencial psiquiátrico y que, en los años cincuenta, superó con creces el de cualquier país latinoamericano. Subraya, asimismo, que tras la caída de Perón, tanto Aramburu como Onganía mantuvieron las inversiones en el sector, aventurando la interpretación de que la mejora de la asistencia psiquiátrica siguió contando en la concepción que los estadistas argentinos tenían de la modernización del Estado. Lo que no deja de resultar llamativo —y quizá digno de una reflexión más sosegada— si tenemos en cuenta el desinterés general de las dictaduras militares por la atención a los pacientes mentales, cuando no su utilización con fines espurios.

En definitiva, se trata de un libro interesante, fruto de una minuciosa investigación histórica, que ofrece una visión general de la psiquiatría argentina desde una perspectiva de indudable interés, cual es la relación entre la medicina mental y la construcción del Estado. Pero, como es lógico, la amplia acotación cronológica (más de un siglo), obliga a obviar aspectos importantes, cuando no cruciales. Creo que, parafraseando a Robert Castel, las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX pueden considerarse como «la edad de oro del alienismo argentino». Figuras indiscutibles de la medicina y de la psiquiatría porteña, como Lucio Meléndez, José María Ramos Mejía, Domingo Cabred o José Ingenieros, etc., crearon cátedras, fundaron revistas especializadas, pusieron en marcha instituciones asistenciales, etc., y, en defini-

tiva, asentaron disciplinas como la psiquiatría y la criminología que contribuyeron, no cabe duda, al afianzamiento del Estado —y de la nación argentina—, tanto por el nivel «científico» de sus especialistas, como por su indudable aportación a las estrategias de «defensa social», tan necesarias, precisamente, para que la élites hegemónicas intentaran imponer su propio modelo de «nación». Ablard no pretende, lo he indicado al principio, hacer una historia de la psiquiatría «al uso», pero no por eso dejan de echarse de menos algún mayor desarrollo de ciertos aspectos fundamentales que no se hubieran alejado del enfoque de partida: el modelo *open door* de Cabred; el papel desempeñado por el propio Cabred como una especie de embajador «científico» del presidente Roca; las relaciones entre psiquiatría y criminalidad, con las fundamentales aportaciones de José Ingenieros o Francisco de Veyga; el problema de la inmigración, incorporado a la reflexión sobre la salud mental, etc. Temas todos ellos que aparecen de manera muy tímida a lo largo del texto; posiblemente una mayor integración de los mismos en la narrativa propuesta hubiera enriquecido ciertas claves interpretativas. Nada de esto quita mérito, sin embargo, a este valioso ensayo que supone, a mi juicio, una aportación de gran interés en el panorama historiográfico psiquiátrico, pero también en el del americanismo y en el de la historia política y social.

Rafael HUERTAS
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

BERGASA, Víctor, Miguel CABAÑAS BRAVO, Manuel LUCENA GIRALDO e Idoia MURGA (eds.), *¿Verdades cansadas? Imágenes y estereotipos acerca del mundo hispánico en Europa*, Madrid, CSIC, 2009, 728 pp.

La definición de George Steiner de los estereotipos como «verdades cansadas», da título a esta compilación de estudios y análisis diversos acerca del tópico de lo hispánico en Europa. Aquí se recoge una selección de las presentaciones que se realizaron en el congreso-coloquio internacional *¿Verdades cansadas? Fabricación y empleo de estereotipos acerca del mundo hispánico*, celebrado en París.

Como bien indican sus editores, esta compilación no pretende agotar un tema que ha sido objeto de estudios anteriores sino, en todo caso, reflejar la diversidad de aproximaciones que se pueden hacer en relación con el asunto. Algo a lo que también contribuye el hecho de que se haya elegido abordar lo hispánico y no, simplemente, lo español. Se introduce, así, un elemento que acrecienta la complejidad del tema, que cruza y establece tensiones entre lo español y lo hispánico, entre distintos centros y periferias, entre puntos de vista diversos...

De esta manera, el estereotipo de lo hispánico se revela ligado a la tradición y al folclore, pero también a discursos que tienen que ver con lo exótico y con lo colonial. Resulta muy sugerente pensar, al hilo de la lectura, que muchos ven en lo hispano un conjunto sin fronteras claras entre lo español y lo hispanoamericano. Sin embargo, dentro de España, por ejemplo, la inmigración origina unas tensiones y genera unos tópicos que contribuyen más a unir que a separar. De la construcción de la imagen de

la inmigración latinoamericana en la prensa española trata, de hecho, una de las colaboraciones recogidas en el último de los cuatro apartados en que se divide este libro. Así, se configura una compilación caracterizada por la diversidad de enfoques disciplinares, temáticos y conceptuales.

Abre el volumen el apartado «Viajeros e identidades», que se ocupa de algunos de los principales responsables de la elaboración del tópico de lo hispánico en Europa ya desde el siglo XVI. Predominan los ejemplos de viajeros franceses, se dedica espacio a los célebres Mme. D'Aulnoy o Antonio Ponz, pero también se traen a colación ejemplos menos conocidos. Es el caso de dos viajeras jóvenes como Jenny de Tallenay y Elisabeth Gross, que construyeron en su relato la Venezuela de finales del siglo XIX. También se analiza cómo, en la actualidad, se reconstruye el tópico en producciones literarias como las de Ake Edwardson.

A continuación, «Arte y cine» recoge varios estudios que se ocupan de la plasmación visual del tópico de lo hispánico. Salvo excepciones, como el artículo dedicado a la imagen de la América hispana en el cine extranjero de la segunda mitad del siglo XX, la mayoría de las contribuciones se ocupan de imágenes creadas por españoles. No se trata, como en el bloque anterior, de las elaboraciones de extranjeros, sino de distintos estudios en los que se analiza cómo el estereotipo ha calado en el modo en que se representan a sí mismos los protagonistas del mismo. Además, a diferencia también del apartado precedente, aquí sólo se analizan imágenes creadas desde finales del siglo XIX en adelante, llegando a las películas de Pedro Almodóvar o Icíar Bollaín.

Después de eso, la sección dedicada a «Emigrantes y exiliados» se ocupa, fundamentalmente, de las imágenes producidas por los españoles que se vieron obligados al exilio a causa de la Guerra Civil. Debido a que una parte importante de la emigración y los exiliados españoles se dirigieron a países hispanoamericanos, se establece aquí un momento de confluencia entre lo hispano de uno y otro lado del Atlántico. No obstante, además de eso, hay contribuciones dedicadas a casos del siglo XVII o a temas tan de actualidad como la construcción de la imagen de la emigración latinoamericana transmitida por la prensa escrita en España. Y es que el estereotipo, eso que nos ayuda a pensar y a comunicarnos, no es un elemento perteneciente al pasado, ni siquiera es algo que se pueda evitar, sino que está presente en nuestro día a día y es imprescindible para que podamos construir el mundo en el que vivimos.

Cierra el libro una sección dedicada a los «Medios de comunicación». Esta vez no son los productores de las imágenes quienes interesan, sino el medio elegido para darles cauce. La prensa es el soporte que parece haber llamado más la atención de los investigadores, aunque también se dedica un espacio a la televisión, para hacer una reflexión sobre la imagen que del pasado franquista se difunde en algunas series de televisión en la actualidad. El último capítulo, que versa sobre la imagen de Hugo Chávez difundida en *Le Monde Diplomatique*, pone el acento, una vez más, en la actualidad más cercana y en el papel que ha tenido Hispanoamérica en la configuración de un imaginario hispánico para los extranjeros.

Tal y como indicábamos al principio, las pretensiones de esta publicación no son ofrecer un conjunto cerrado de reflexiones, algo que, por otra parte, sería difícil de

conseguir. Se proporciona, en cambio, un material sugerente de cara a reflexiones posteriores.

Noemi DE HARO GARCÍA
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

BONILLA, Heraclio, *La trayectoria del desencanto. El Perú en la segunda mitad del siglo XX*, Lima, Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, 2009, 238 pp.

Si hasta hace algunos años atrás, un historiador deseaba estudiar algún tema o período posterior a 1950, de inmediato recibía o bien una mirada de condescendencia o un amigable reproche. Después de todo, se sabía que todo acontecimiento posterior a esa fecha era materia ajena al historiador, y que el orden natural había descargado esa labor en los sociólogos, los antropólogos o incluso los periodistas. La objetividad, y el culto a la misma, nos jugaron una mala pasada. Por décadas, los historiadores nos vimos impedidos de siquiera aproximarnos a todo aquello que ocurría frente a nuestras narices, por lo que fuimos relegados a un papel similar al de profanadores de tumbas y condenados a dialogar con los muertos, que de los vivos se encargaban otros.

Este preámbulo me permite insertar el libro de Heraclio Bonilla como el resultado de varias décadas de investigación en diversas áreas del pasado de nuestro país. Podría parecer innecesario presentar al autor, pero baste señalar que obtuvo el doctorado en Historia por la Universidad de París en 1970 y en Antropología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos siete años después. Sus investigaciones han abordado aproximadamente quinientos años de historia peruana e hispanoamericana y no es una exageración decir que ningún tema de nuestro pasado parece serle ajeno: desde las comunidades campesinas al APRA, pasando por la minería, la Guerra del Pacífico y la Conquista española, sus estudios han servido de inspiración a muchas generaciones de investigadores en ciencias sociales. Sus dos estudios más conocidos —y espero que esto no sea tomado como un reduccionismo— fueron los dedicados a la Independencia y la Guerra con Chile.

Fiel a su estilo, *La trayectoria del desencanto* es un libro provocador y sugerente, que busca establecer una síntesis del período posterior a 1950 pero que no por ello evita hacerle guiños o menciones a períodos anteriores para establecer la larga duración de algunos procesos que continúan hasta el día de hoy. En poco más de doscientas páginas, Bonilla nos lleva a galope por las últimas seis décadas y nos devuelve —a veces sin anestesia previa— a los episodios más difíciles por los que nuestro país ha tenido que atravesar: la hiperinflación y el terrorismo.

El mérito del libro es cuádruple: por un lado nos alcanza un panorama de nuestro pasado más reciente a la vez que lo hace sin descuidar el contexto previo, que se proyecta al último medio siglo. Se trata de un ejercicio novedoso y, hay que decirlo, arriesgado para nuestro medio. En no pocos casos, las síntesis fueron entendidas como la acumulación de datos organizados en torno a los períodos presidenciales, lo cual terminaba limitando cualquier uso de la crítica a la memorización de las fechas de dicho período y sus respectivas obras. Bajo estas premisas, la idea de realizar una

síntesis que reemplazara a la de Julio Cotler (*Clases, Estado y Nación en el Perú*, Lima, 1978) era entonces impensable. La historia parecía terminar con el Gobierno Militar. Todo lo que hubiese ocurrido después nos arrojaba a los archivos de los diarios y periódicos. Sin embargo, de manera gradual, hubo quienes fueron rompiendo con estos límites autoimpuestos y se aventuraron no sólo a traspasar 1950 sino que comenzaron a elaborar visiones de largo aliento. Uno de los primeros en quebrar esta barrera, y muchas otras, fue Pablo Macera, con su *Visión histórica del Perú*, y luego siguieron otros más, como Raúl Palacios Rodríguez, Franklin Pease y más recientemente Carlos Contreras con Marcos Cueto y Peter Klarén.

Ahora bien, no se trata de que nos lancemos a especular libremente, o que reemplacemos el lápiz y el bloc de notas por una bola de cristal, pero ya era momento en que dejemos de estar restringidos a las barreras cronológicas para, con el conocimiento que tenemos del pasado, podamos establecer un posible derrotero. Por ello el término de *trayectoria* que acompaña el título podría tener una doble lectura: ofrece un recuento de lo ocurrido en los últimos años pero también nos proporciona pistas hacia dónde podrían continuar los vectores que se han desarrollado en la historia nacional.

Una cuarta característica que encierra este libro y se suma a las ya mencionadas (capacidad de síntesis, interés en la historia reciente, intento de proyectar el pasado hacia el futuro), es que no se limita a los marcos nacionales. En la actualidad, con el desarrollo de la globalización, sería absurdo seguir pensando en términos de una historia nacional sin considerar el marco global que encierra a los países. El repaso que hace el libro a los proyectos de integración regional puede llevarnos a pensar que son un fracaso, como ocurrió con Gran Colombia, la Confederación Perú-Boliviana y el Pacto Andino. A esta lista se pudo haber agregado la Comunidad Andina de Naciones (CAN), cuya muerte es anunciada de cuando en cuando. Pero también nos pueden permitir conocer qué aspectos fallaron y cómo podemos adecuarnos a un nuevo tipo de relaciones transnacionales en estos años en que los Tratados de Libre Comercio se imponen como la puerta al tan esquivo desarrollo.

Si bien el recorrido es principalmente cronológico, el autor dedica un acápite especial a la cuestión agraria en nuestro país. Se trata de uno de los mejores capítulos del libro, pues podemos acceder a una explicación clara del proceso de reforma agraria impulsado por Juan Velasco Alvarado en 1969. Como bien lo menciona, es complicado establecer un balance que arroje un saldo definitivo, ya sea en rojo o en azul, pues el proyecto de redistribución de tierra que se llevó a cabo en ese entonces no implicó únicamente el ámbito económico. La *esquizofrenia laboral* (p. 169) terminaría sepultando el ímpetu inicial por un mejor acceso a la tierra, al superponer una estructura burocrática y técnica para que administrase el proceso de transferencia de las haciendas a los nuevos propietarios, los campesinos. Su progresivo desmantelamiento se percibe claramente en los años noventa, cuando la reforma agraria deja de aparecer en la Constitución de 1993, un síntoma de las medidas tomadas por el gobierno de Fujimori para revertir el proceso y fomentar la privatización del agro.

El capítulo que cierra este ensayo pone los problemas sobre la mesa: el Perú ha gozado de un notable crecimiento económico, pero este no ha logrado solucionar los

problemas sino que parece haberlos exacerbado, según se desprende de un reciente libro editado por Martín Tanaka y Romeo Grompone¹. Y en este escenario de desconcierto y falta de compromiso por parte de la elite, parecería que seguimos esperando a un nuevo Mesías. A veces, por la semejanza del contexto, me da la impresión de estar leyendo no el nuevo libro de Bonilla sino uno anterior, *Guano y burguesía en el Perú* (Lima, 1974), donde retrata la crisis política y económica de la época del guano. Así, el principal obstáculo entre los dos polos: el del crecimiento y el de la insatisfacción está resumido en el problema de la redistribución, que a su vez implica no sólo una cuestión de política de Estado sino de la percepción que tiene el Estado de la sociedad y de quiénes son los responsables de que estos recursos efectivamente fluyan y no se desvíen a cuentas privadas. Las páginas finales tienen al Estado como el principal responsable, no por un sobre exceso de funciones y atribuciones, sino por todo lo contrario: por no estar presente ni regular el proceso de crecimiento que debería permitirnos superar los problemas actuales. Pero, al parecer, el actual gobierno está más preocupado por las cifras de las encuestas y por las alianzas para las elecciones presidenciales de 2011 que por políticas a largo plazo.

José RAGAS
Pontificia Universidad Católica del Perú

CAGIAO VILA, Pilar y Xosé Manuel NÚÑEZ SEIXAS, *Os galegos de ultramar*, Volume 2: *Galicia e o Río da Prata*, A Coruña, Arrecife Edicións Galegas, 2007, 253 pp.

El volumen integra una obra de magnitud (*A Gran Historia de Galicia*), de la que forma parte como segunda entrega del Tomo X; se trata de un emprendimiento que conjuga los resultados de investigaciones directas, con la consulta de la bibliografía más actualizada sobre los temas específicos que aborda cada volumen, con el objetivo de llegar al gran público, por lo que no incorpora aparato erudito y apuesta —en cambio— a la transcripción fragmentaria (y destacada) de documentos o testimonios, así como a la incorporación de abundante material gráfico, de calidad y riqueza dispar. Si el proyecto editorial en su conjunto cumple con creces la finalidad que le dio origen, el volumen que aquí se reseña logra su objetivo plenamente: la solvencia de los autores, especializados en el estudio de la emigración gallega a América, constituye una garantía, que en el caso se reafirma por el manejo de un discurso historiográfico que no decae en rigor a pesar de su fluidez y amenidad.

Si bien en el volumen I de este Tomo X (titulado *De Emigrados a Inmigrantes*) de autoría exclusiva de Pilar Cagliao Vila, se considera el tema asociacionista en otros ho-

¹ Romeo Grompone y Martín Tanaka (eds.), *Entre el crecimiento económico y la insatisfacción social. Las protestas sociales en el Perú actual*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2009. Véase especialmente el artículo de Carolina Garay y Martín Tanaka, «Las protestas en el Perú entre 1995 y 2006».

rizontes americanos (en Cuba, en Brasil, en Venezuela, para mencionar los más relevantes), al tiempo que se aborda (en sugerente análisis) el papel cumplido por las mujeres en el asociacionismo étnico gallego, la importancia que el tema alcanza en el volumen II que reseñamos es fundamental.

Tanto para el caso argentino como para el uruguayo, los autores apelan para su estudio del asociacionismo étnico a una periodización que toma en cuenta el desafío de la guerra civil española y la incidencia que las controversias ideológicas y los posicionamientos provocaron en el seno del tramado institucional de la inmigración gallega. Aluden al efecto, a la diversidad de contextos políticos en los países de arribada, que constituyó por momentos un condicionamiento de las estrategias asociativas de la colectividad y —en especial— de la prédica del nacionalismo gallego y del accionar antifranquista.

El asociacionismo es considerado no sólo en su virtualidad identitaria, sino también en su condición de modalidad defensiva de cara a la hostilidad explícita o encubierta de la sociedad rioplatense ante el fenómeno de la inmigración masiva, y en su carácter de instrumento para la puesta en marcha de políticas asistenciales alternativas a las estatales (en el campo de la salud y de la educación, fundamentalmente), presididas estas últimas por criterios escasamente solidaristas en Estados en formación hegemónicos por sectores oligárquicos.

El tema de la representatividad del asociacionismo étnico (que supone indagar los porcentajes de afiliación y de participación en el mismo de la masa de inmigrantes), así como el de las tensiones provocadas en su seno por el control institucional, entre tendencias *populares* y prácticas *elitistas*, constituyen otros tantos cauces para la indagación causal de las conductas asumidas frente a los cambios políticos, tanto en la sociedad de origen como en la receptora. En tal sentido, se apuntan interpretaciones que complejizan el fenómeno, al tiempo que enriquecen el análisis comparativo a escala regional y en la dimensión peninsular/rioplatense.

El tratamiento de conjunto del tema si bien se correlaciona con otras dimensiones del fenómeno migratorio gallego en el Río de la Plata (la dimensión del flujo humano y su impacto en la configuración demográfica local, la inserción socioeconómica del inmigrante y su reconversión laboral, la práctica del ahorro en tanto acumulación de capital para superar la condición asalariada o dependiente, la generación de estereotipos en la sociedad de arribada y la sutil implicancia xenofóbica de los mismos), aparece reiteradamente como axial, probablemente por la persistencia del tramado social que generó, por la contundencia de sus realizaciones, y por la visibilidad que a su través logró el colectivo inmigrante no sólo en las sociedades rioplatenses sino también en el imaginario peninsular. Los *Centros* y las *Casas*, las *Irmandades* y los *Orfeones*, apelaron a una práctica de acercamiento, de suma de esfuerzos y de construcción de identidades, que si bien abrió ancho cauce a la nostalgia tópica fue instrumento de afirmación, de una contundencia desconocida hasta entonces en la Galicia interior. De allí su significación, y también la validez de su estudio en la perspectiva de un flujo migratorio que ha cambiado de orientación.

Si en diversas oportunidades se ha puesto de manifiesto la necesidad de abordar la historia de Galicia considerando la ubicuidad de su escenario humano, el aporte que

realizan Cagiao Vila y Núñez Seixas da satisfacción plena a esa pretensión, y lo hace poniendo énfasis en el fenómeno asociacionista, sin desmedro de su contextualización en el mundo del trabajo y la sociabilidad que debieron enfrentar/construir los gallegos en la tierra platense de su destino migratorio.

Carlos ZUBILLAGA
Universidad de la República, Uruguay

CHIARAMONTE, José Carlos, Carlos MARICHAL y Aimer GRANADOS (coords.), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, 378 pp.

Los debates históricos sobre la emergencia de los nuevos Estados a partir de las guerras de independencia y las intersecciones entre la cultura política colonial y las innovaciones políticas surgidas en el contexto Iberoamericano se abordan en esta obra desde el punto de vista de los nombres de los países de América Latina. Esta perspectiva es muy novedosa en tanto un nutrido grupo de especialistas latinoamericanos, bajo el estímulo de los historiadores José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados, se reúnen por primera vez a discutir de manera colectiva los orígenes y transformaciones de la nomenclatura latinoamericana. De este modo, a una propuesta organizada claramente en términos regionales —la antigua América portuguesa por un lado y la española por otro, dentro de la cual se distinguen, en un recorrido geográficamente ascendente, el cono sur, el área andina, la región centroamericana, México y el Caribe— se superpone una intención comparativa que proporciona un meritorio marco de análisis para repensar estos problemas en la inminente coyuntura del bicentenario de las revoluciones atlánticas.

Los argumentos principales que confieren coherencia al conjunto buscan discernir, en los dieciséis ejemplos de nombres que se analizan, cómo fueron los procesos de adopción de un determinado régimen político, las tensiones habidas en la delimitación de fronteras, la construcción de las identidades nacionales a partir de marcos geográficos locales o regionales y la creación del mito de la nación. En su reflexión sobre el nombre de Brasil, Murilo de Carvalho expresa las preguntas esenciales que todos los participantes en este proyecto se hacen: «¿Habría algo en el nombre de los países que pudiera afectar su identidad y su destino, para bien o para mal [...]? ¿El nombre hace al país o es el país el que fabrica su nombre? [...] ¿Es igual un país que se auto-nombra a uno nombrado por otros?» (p. 17).

A partir de estos puntos nodales, la diversidad y originalidad de los enfoques define de principio a fin este esfuerzo colectivo. Mientras que algunos autores adoptan un eje cronológico de larga duración, de la colonia a los tiempos recientes (Uruguay, Venezuela o Puerto Rico), otros centran su atención en el proceso independentista y los albores de los nuevos Estados (Perú o Haití), e incluso hay quien se retrotrae al período precedente de las reformas borbónicas (México). La cartografía, las miradas de los viajeros y cronistas contemporáneos así como las plumas de los primeros historiogra-

fos nacionales constituyen las fuentes esenciales de una buena parte de los trabajos, mientras que otros acuden a la fijación constitucional y legislativa del acto de nombrar o incluso hay quien busca en los debates de una historiografía más reciente las claves de los epítetos nacionales y de los gentilicios correspondientes.

El lento y dificultoso proceso de organización política tiene en el caso de Argentina un buen ejemplo. José Carlos Chiaramonte analiza las tensiones que atraviesan la región austral durante buena parte del siglo XIX desde un apelativo, argentino, referencia metafórica de «rioplatense», totalmente asociado al principio a la preeminencia de Buenos Aires y muy poco popular en el interior del país. En realidad fue «Provincias Unidas del Río de la Plata» la denominación predominante en los primeros tiempos independientes, la cual remitía a la idea de entidades soberanas que buscaban una forma de relación confederada que preservase su autonomía. Le siguió «Confederación Argentina», término usado durante la tiranía de Rosas, etapa tras la cual se aborda la definitiva organización constitucional del país a través de un Estado federal. La adopción final de «República Argentina» se debe, según el autor, a la popularización de lo que había sido una moda culta, su uso frecuente en la correspondencia diplomática y de allí al habla popular y la decisión del gobierno nacional, por último, de utilizar esta expresión en los actos administrativos (p. 91). Debates similares en torno a la defensa de la soberanía local frente al influjo de la ciudad capital se dieron en la búsqueda de un nombre —y de una fórmula política de organización— para los territorios al este del río Uruguay. Ana Frega describe la evolución en la denominación del país tanto como de sus habitantes desde el influjo primigenio de tres polos: Buenos Aires y el Río de la Plata, la ciudad de Montevideo y los dominios lusos del Brasil. La pugna capital-regiones impone el apelativo «orientales» en una defensa de las ideas federales, que se transforma después en «Estado Oriental del Uruguay» para derivar, a fines del XIX, en «República de Uruguay» (p. 102).

El nombre de Perú, por el contrario, constituyó desde el principio un claro ejemplo de expresión neutral que refleja los rasgos de continuidad existentes en este país entre la etapa colonial y la republicana. La reflexión de Jesús Cosamalón se centra en las causas de la ausencia de discusión en cuanto al nombre del nuevo país: las cercanas rebeliones indígenas que asolaron el virreinato peruano en el período borbónico impulsaron a una atemorizada élite criolla limeña, alineada con el virrey, a los brazos de los ejércitos insurgentes de San Martín con la petición de preservar el *statu quo* social. No se trató aquí de una ruptura violenta, sino de una adecuación «con tal de mantener las cosas en su sitio» (p. 164), que derivó en una salida republicana «sin traumas». Aun por causas diferentes, tampoco variaron sustancialmente los nombres de Chile y de Cuba, ambos con orígenes precolombinos. La evolución colonial y el desenvolvimiento independiente de Chile estuvieron fuertemente condicionados por su situación geográfica y su medio natural. Para Rafael Sagredo estos factores impactaron el orden político y el discurso identitario de modo tal que derivaron en una búsqueda de la estabilidad bajo regímenes autoritarios y una autodefinition de perfiles edénicos. Cuba, por su parte, mantuvo su situación colonial a lo largo del siglo XIX, de modo que la noción criolla de patria mantuvo una dimensión defensiva y de apego espiritual a la tierra en un imaginario de

alteridad respecto a la metrópoli española, noción que, en opinión de Rafael Rojas, no varió a la idea moderna de nación y ciudadanía hasta la época republicana y más aún, revolucionaria (p. 326). En ambos países la riqueza de la tierra formó parte de los cursos de formación de la identidad nacional.

Por otro lado, si el acto nominativo contribuyó a conformar una identidad colectiva, estableció también los límites del propio rostro, un «nosotros» frente a un «otro», un nombre asociado a una frontera definitiva de la nueva entidad estatal. Las nuevas repúblicas nacidas del impulso libertador de Bolívar son un buen ejemplo de la dificultad en la delimitación territorial cuando las fronteras coloniales no coincidieron con las poscoloniales y las transformaciones hacia la unión o la fragmentación fueron significativas. Venezuela, especialmente, construyó su narrativa identitaria en oposición a Colombia a partir de la experiencia unionista bolivariana de la «Gran Colombia», tal y como explican Aimer Granados y Dora Dávila respectivamente (pp. 207 y 231).

Otro excelente ejemplo de esta definición por contraste lo ofrecen los casos de Haití y República Dominicana. Respecto a la antigua colonia francesa de Saint Domingue, Guy Pierre defiende la idea de que el radicalismo de los ex esclavos revolucionarios y la unidad de éstos con grupos mulatos —a pesar de sus disensos socioeconómicos—, frente a la burguesía francesa ansiosa de reconquistar la isla y frente a las burguesías de otras potencias con intereses amenazados, fueron elementos que contribuyeron a que el nombre de Haití, vocablo taíno de uso habitual durante la colonia para referirse a la isla, fuera adoptado espontánea y unánimemente por la población en 1804 y confiriera una nacionalidad y una identidad común a sus miembros, obligando a la comunidad internacional a respetar el principio de soberanía de Estados menos desarrollados (p. 300). La búsqueda de un nombre por parte de la República Dominicana se halla íntimamente relacionada, según Pedro San Miguel, con los intentos persistentes por delimitar el espacio nacional y construir un imaginario y una identidad-barrera de espaldas al principal agente que representaba una amenaza a su existencia: Haití (p. 307).

«Centroamérica» es el único nombre que no corresponde a un Estado actual de todos los que aquí se analizan. En su artículo, Margarita Silva alude a la formación de una región integrada por varios Estados (Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica) con el fin de contrarrestar la potencial amenaza de los países vecinos y obtener reconocimiento exterior, especialmente de los Estados Unidos. La federación nació con dificultades y el autonomismo terminó imponiéndose aunque los intentos de unión alcanzaron el siglo XX (p. 251).

Los nombres, para finalizar, constituyen la acción primaria del proceso de invención de la identidad, proveen a los países de una conciencia de sí mismos y de la diferencia frente a los otros, así como un sentido de pertenencia que cohesionó a las poblaciones y atenuó las tendencias centrífugas. Así, la construcción social de los nuevos Estados latinoamericanos pasó, no sin dificultades, por el acto «bautismal» de la nomenclatura, tal y como este libro asienta.

Alicia GIL LÁZARO
Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca

DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar, *De ciudadanas a exiliadas: un estudio sobre las republicanas españolas en México*, Madrid, Fundación Largo Caballero-Cinca, 2009, 310 pp.

En estos momentos en que está teniendo lugar un vivo e incomprensible debate acerca de la denominada memoria histórica, el libro de Pilar Domínguez no puede ser más oportuno. Pues, aunque la discusión se ha centrado en la apertura de las fosas comunes de los republicanos asesinados, la temática es mucho más amplia. La represión no se basó únicamente en asesinatos, sino también en cárceles, torturas, ricino, despidos, listas negras laborales, y un largo etc., entre el cual se encuentra el exilio. Carmen Parga, la esposa del mítico Manuel Tagueña, que a sus 25 años comandó el XV Cuerpo del Ejército Popular en la batalla del Ebro, escribía al respecto: «La aceptación de este destino equivale a una extranjería perpetua, porque todo exilio es una enfermedad incurable». Este libro no trata de un exilio cualquiera, sino el de las mujeres republicanas, un sector más marginado que el de los hombres, con excepción del de las intelectuales que dejaron huella. Precisamente éste será otra característica positiva de esta obra: que no se ciñe a una minoría sino que trata también de las mujeres comunes, de las amas de casa o de las trabajadoras manuales. Mujeres cuyo *status* había mejorado notablemente durante la República, pues habían conseguido el derecho al divorcio, la equiparación salarial o el derecho al voto. Además, comenzaron a participar aunque fuera de forma minoritaria en la actividad pública como diputadas y cargos, situación que se aceleró con la guerra donde figurarían en todas las instancias de poder, no sólo en la retaguardia sino incluso en el frente y en el gobierno, como la anarquista Federica Montseny, que fue la primera mujer en la historia española en ser ministra. Todas estas conquistas serían anuladas por el franquismo.

No todas estas mujeres se exiliaron por motivos políticos, la autora precisa que la mayoría lo hizo por motivos familiares o sentimentales. No obstante, una minoría destacada salió de España por convicciones y responsabilidades políticas, y fue un grupo que en México revistió gran importancia.

Su nivel educativo era más elevado que el del conjunto de las españolas, pues la mayoría, incluyendo obreras y amas de casa, sabían leer y escribir. Muchas tenían educación primaria, y también las había con educación secundaria y universitaria en un porcentaje apreciable. El elevado nivel cultural de una parte del exilio español se va a demostrar en la creación de varios colegios para los hijos de los exiliados: el Madrid, el Instituto Luis Vives o el Ruiz de Alarcón, donde los docentes eran españoles, ya que abundaban entre los exiliados. Sólo por estos tres centros pasaron más de 200 maestras. También participarían estas mujeres en las diversas revistas y editoriales que creó este colectivo. Entre estas últimas destacaría el Fondo de Cultura Económica, cuyos libros, comprados en España de manera clandestina, nos permitió a muchos paliar la censura franquista.

El exilio que se estudia no transcurre en un país cualquiera, sino en México que había sido uno de los países, si no el más, que defendió la República y que con la derrota abrió sus puertas a los exiliados hispanos, que llegaron a ser 16.000 entre 1939-1945. Gracias sobre todo al presidente Lázaro Cárdenas y a las fuerzas progre-

sistas mexicanas, muchos españoles pudieron salvar su libertad y hasta su vida, reemprendiendo una nueva.

El currículo de la autora favorece sin duda el buen hacer de esta obra, pues no en vano es especialista en Historia Oral, de hecho en la actualidad es Presidenta de la Asociación Internacional de Historia Oral, y esta materia es imprescindible para el estudio del exilio. A diferencia de la documentación escrita, la oral nos permite conocer aspectos como la vida cotidiana, las actividades domésticas, o la esfera privada de la mujer. También tiene la virtud de que, como escribe la autora y señalamos con anterioridad, nos permite saber «la historia de las mujeres sin historia», pues la mayoría de estos estudios se han centrado en la élite de los exiliados, que dejaban su huella en escritos, artículos, entrevistas, memorias y otras formas de expresión escrita. En cambio, con la Historia Oral la autora puede acceder a las mujeres comunes que no nos dejaron huellas escritas.

Un capítulo poco estudiado que trata la autora es la relación entre los exiliados y los emigrantes económicos, que conformaban una numerosa colonia, pues en 1910 constituían el 25,3% de todos los emigrantes. Las diferencias entre ambos grupos eran notables, entre otros factores por el cultural. Nicolás Sánchez Albornoz caracterizaba al prototipo de emigrante como: «un hombre joven, soltero, de extracción social baja y agricultor de ocupación». Entre ellos había muchos franquistas por lo que la relación con los exiliados no fue siempre buena.

En esta obra se explica como los exiliados mantuvieron su identidad cultural republicana gracias a las redes de relaciones personales que reforzaban su pertenencia al colectivo exiliado y al grupo étnico hispano que no sólo abarcaban su vida privada, sino también el trabajo y el resto de las actividades solidarias que realizaban en torno a España. Además, las mujeres transmitían la cultura republicana a sus hijos, inculcándoles unas pautas de comportamiento, una forma de hablar, ideas, etc. Por último, también colaboraron en esta tarea los colegios antes mencionados, que reforzaban esta ideología.

La generosidad del gobierno mexicano para con los exiliados se plasmaría de diversas formas, que van desde la acogida, hasta ayudas económicas, facilidades para la naturalización, etc. Recordemos además, que el gobierno mexicano no reconoció nunca al franquismo, y que las relaciones diplomáticas se reanudaron con la democracia. Como escribe Pilar Domínguez, los exiliados, a pesar de lo trágico de su situación, agradecieron al pueblo mexicano el vivir en libertad y poder educar a sus hijos en ella, lejos de los traumas que los hijos de los «rojos» sufrían en España. La antes mencionada Carmen Parga agradeció siempre a México el trato recibido, que les ofreció: «paz, trabajo, tranquilidad y sosiego para rehacer nuestras vidas». No obstante los exiliados devolvieron con creces esta generosidad, con sus actividades económicas y con su importante aportación cultural.

Por último, señalar que no estaría mal que el gobierno español y otros europeos imitaran esta actitud de México con los exiliados políticos que afluyen a Europa, buscando como antaño los españoles, seguridad, paz, trabajo y libertad.

Luis Alberto ANAYA HERNÁNDEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

GIRAUDO, Laura, *Anular las distancias. Los gobiernos posrevolucionarios de México y la transformación cultural de indios y campesinos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, 382 pp.

Decididamente el libro de Laura Girau se inscribe dentro de una corriente de estudios que pone su acento en el proyecto cultural de la Revolución Mexicana. Tal vez desde finales de los años 1980, y a partir de posturas revisionistas, pero especialmente culturalistas, la historiografía mexicana ha estudiado esta faceta de la revolución desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, los estudios sobre cultura popular y estereotipos nacionales y nacionalistas de la revolución; o los estudios que han llamado la atención sobre los intelectuales pedagogos y la construcción del problema campesino, así como las investigaciones sobre la educación popular y la formación de maestros en el contexto de la revolución. Otros estudios sobre el proyecto cultural de la revolución han hecho énfasis en el cine, la literatura, el muralismo y la revolución hecha «monumento» e «historia oficial». El libro que se comenta es una muy buena contribución a esta línea de estudios que, por supuesto adopta su particular línea interpretativa que, en mucho, gira en torno a la pregunta ¿Qué hacer con el indígena mexicano?

Dentro del amplio espectro sobre las posibilidades temáticas y perspectivas de carácter analítico del proyecto cultural de la revolución mexicana, la investigación de Girau adopta un enfoque que pone énfasis en la preocupación y atención que el Estado de la revolución y sus élites gobernantes, así como intelectuales, pusieron sobre el problema indígena. Su educación, su aislamiento, su integración a la nación así como las percepciones que del indígena se hicieron el Estado y sus agentes. En relación a estos aspectos, la autora insiste en preguntarse por las transformaciones culturales de indios y campesinos en el contexto de la revolución. Para ello la autora estudia algunas de las instituciones y mecanismos creados para tal fin, pero quizás más importante aún, y es aquí en donde radica lo novedoso de esta investigación, la autora se detiene en el análisis de los actores sociales implicados en el proyecto. Desde este punto de vista se puede afirmar que la autora pone a jugar analíticamente en su argumentación a los diseñadores del proyecto, particularmente los funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, empezando por el secretario en funciones; a los agentes federales en los Estados, concretamente los directores de educación e inspectores escolares y, finalmente, a los pueblos indígenas en donde se pueden identificar al menos tres actores sociales, los dicentes indígenas, los indios convertidos en maestros, y la comunidad misma (padres de familia).

Como es sabido, en un período que va desde mediados del siglo XIX hasta tal vez la cuarta década del siglo XX, en América Latina hubo una intensa reflexión sobre el indígena alimentada por teorías provenientes del lamarckismo, el darwinismo social, las teorías de Mendel y diferentes discursos médicos, antropológicos y criminológicos. Estos paradigmas científicos son abordados por la autora en los primeros capítulos del libro con el fin de abordar diferentes problemas que van desde la alfabetización, la educación, la regeneración nacional, el redescubrimiento de lo que Vasconcelos llamó «la genuina nacionalidad» entre otros temas. Punto central en estos temas y el análisis que

de ellos hace la autora es lo que en el capítulo tercero se aborda como la definición de los mexicanos: categorías y experimentos entre raza y cultura. Como lo pone de presente el análisis de Giraudo, desde la antropología, intelectuales como Manuel Gamio se dieron a la tarea de introducir nuevas categorías y metodologías para el estudio y análisis de los indígenas mexicanos que permitieran no sólo cambiar la concepción indigenista decimonónica sino también, ya en el plano de las políticas públicas, particularmente la educación, integrar a esta población a la nación. Para ello era necesario definir quién era indio y quién campesino. Creo que el libro que se comenta intenta avanzar en la definición de estos actores sociales sin lograrlo del todo. No porque la investigación de la autora no precise dicha definición, sino más bien porque la Secretaría de Educación y sus agentes y burócratas no llegaron a concretar exactamente quién era indígena, a pesar de la perspectiva culturalista introducida por Gamio. Para la autora es claro que con Gamio hay un quiebre en cuanto a la concepción y percepción que se tenía sobre el indio. Tal ruptura se expresó en que al momento de afrontar el problema indígena ya no estaría tan presente una concepción racial como cultural. No obstante, las inercias y resistencias del Estado y sus burócratas por abandonar la perspectiva racial y racista contra el indígena perdurarían por algún tiempo más.

Otro de los aspectos interesantes en la investigación de Giraudo es el análisis que introduce en los capítulos IV y V a propósito de los mecanismos implementados por el Estado revolucionario y en particular por la Secretaría de Educación Pública con el fin de lograr la integración de las comunidades indígenas a la nación, por supuesto a través de una intensa política educativa. En relación con este tema hay dos perspectivas de análisis que interesa resaltar. La primera tiene que ver con el problema de cómo la Secretaría de Educación Pública implementó una serie de mecanismos con el fin de sobrepasar la frontera de los Estados y la frontera de la heterogeneidad cultural del país. Para ello tuvo que afrontar resistencias al proyecto de centralización de la educación pública y, por otra parte, conquistar mentes y territorio, además de hacerse fuerte y con presencia nacional. Uno podría pensar que la fuerza de la revolución, de la «civilización» y del progreso hizo fácil la tarea. Sin embargo, habrá que recordar que en ese entonces es un Estado débil que difícilmente se abre camino entre los intereses de los Estados y aun de las comunidades, por muy locales que éstas fueran. La segunda perspectiva de análisis tiene que ver con las resistencias, negociaciones, redefiniciones del proyecto educativo original y con los acuerdos que las comunidades indígenas establecieron con los agentes del gobierno en vistas del proyecto de integración y educativo: bilingüismo, la construcción de escuelas, desarrollo de los programas, financiamiento económico de los programas educativos y de infraestructura que ello implicaba, la educación de las niñas indígenas, etc. Pero lo interesante no es tanto la consolidación de un Estado que se quiere volver fuerte, entre otros aspectos, a través de la centralización de la educación y del rompimiento de las barreras culturales y lingüísticas, sino las dinámicas que están atrás de estos procesos. Particularmente la resistencia de las comunidades a estas evoluciones socio-políticas y la negociación que éstas entablaron con los agentes del Estado. En esto el análisis de Giraudo se vuelve muy interesante y empata además con una tendencia historiográfica reciente en los estu-

dios sobre la revolución mexicana que, llamada «neopopulista» por sus alentadores, atiende a las dinámicas de la construcción del Estado de la revolución «desde abajo» o, como lo plantean algunos estudiosos de esta perspectiva interpretativa sobre la formación del Estado de la revolución, «meter otra vez al Estado sin dejar fuera a la gente»¹. Uno de los puntos centrales de esta línea de estudios es concebir la cultura política popular y la conciencia popular como una entrada para el análisis de la formación del Estado. Allí se consideran las tradiciones de las comunidades rurales, las apropiaciones y reelaboraciones que las comunidades hacen del marco liberal para conjugar tradición y modernidad, por supuesto la conciencia política. El libro de Giraudo explora con notable claridad algunos de estos aspectos.

Finalmente, en el capítulo VI la autora estudia lo que enuncia como los «mediadores culturales: los indios convertidos en maestros». Se trata de analizar un muy interesante proyecto que la Secretaría de Educación Pública concibió con el fin formar maestros indios. Para ello implementó lo que se llamó la Casa del Estudiante Indígena con sede en la Ciudad de México. En este lugar se educaron indígenas de diferentes regiones del país. Aunque el programa no fue del todo exitoso, sí muestra los esfuerzos del Estado por allanar el problema de la educación del indígena desde una perspectiva integracionista pero a la vez formadora de mediadores culturales provenientes de las comunidades rurales que, en el papel, facilitarían la labor de integrar, castellanizar y homogenizar culturalmente.

El libro que se comenta está muy bien informado bibliográfica y documentalmente. La revisión de fuentes secundarias (bibliografía), incorpora una amplia literatura producida en México y en los Estados Unidos que, desde diferentes miradas, analiza el proyecto cultural de la revolución mexicana. Las fuentes primarias son tanto de carácter nacional como regional y abarcan un amplio espectro que va desde informes oficiales, compendios estadísticos y legislativos, memorias de diferentes funcionarios públicos, entre otras fuentes.

Aimer GRANADOS
Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

LAURIÈRE, Christine, *Paul Rivet: le savant et le politique*, Paris, Publications Scientifiques du Muséum national d'Histoire naturelle, 2008, 723 pp., 159 ilustraciones, apéndices documentales e índices.

Paul Rivet (1876-1958) es sin duda una de las grandes figuras del americanismo y de la antropología del siglo XX. De un perfil muy internacional, su carrera fue la de un «intelectual» pleno, con toda la carga de compromiso social y político asociado a

¹ Desde el punto de vista teórico y metodológico, esta perspectiva de análisis está descrita en la introducción a Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (compiladores), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, México, Era, 2002: 31-52.

esa palabra. Un hombre de conocimiento que desde su disciplina afrontó dos guerras mundiales y sobre todo dos períodos de postguerra especialmente difíciles: el primero por el ascenso de los autoritarismos y de un racismo cada vez más radicales; y el segundo por una marea global e incontenible de movimientos de descolonización que pusieron en cuestión todo tipo de presupuestos hasta entonces sólidamente establecidos y desencadenaron una violencia extrema.

Se trata ante todo de un prestigioso especialista, famoso todavía hoy por obras como *Los orígenes del hombre americano* (1943), los cuatro volúmenes de la *Bibliographie des langues aymará et kiçua* (1951-1956), realizados en colaboración con Georges de Créqui-Montfort, o la importantísima edición facsimilar de la *Nueva corónica y buen gobierno* de Guamán Poma de Ayala (1936). Pero Paul Rivet fue además impulsor y creador de instituciones académicas fundamentales: la *Société des Américanistes* y su revista en primer lugar, pero también el *Institut d'Ethnologie* y el *Musée d'Ethnographie du Trocadéro*, aunque sin duda su nombre se asocia especialmente —junto con el de Georges Henri Rivière— a la fundación del *Musée de l'Homme* (1938). Y esa dimensión institucional tuvo también una importante realización americana, sobre todo con la fundación del Instituto Etnológico Nacional de Bogotá (1941-1943), clave para el proceso de institucionalización de esta disciplina en Colombia. Pero al margen de su actividad científica o del puesto institucional que desempeñara, Rivet fue siempre un hombre comprometido y un activista político: republicano de izquierdas, convencido de la importancia de educar al pueblo y de la dimensión formativa de instituciones públicas como los museos nacionales. Fue un luchador muy activo contra el fascismo y el racismo (fundador de una revista de combate intelectual titulada *Races et Racisme*), que defendió desde todos los foros a los que tuvo acceso la integración y el mestizaje, así como la visibilización y dignificación de todos los colectivos físicos y culturales que componían la nación, sin excepciones (discurso especialmente importante en la América Latina del momento, aunque no sólo allí, ni entonces).

Paul Rivet: le savant et le politique, parece un título muy acertado para esta biografía intelectual que nos ofrece Christine Laurière y que se publica justamente al cumplirse los 50 años del fallecimiento del eminente americanista. Se trata de la versión revisada para publicación de su tesis doctoral y sigue siendo una monumental monografía (más de 700 páginas), cuidadosamente escrita, riquísimamente documentada, que se ha elaborado a partir de una masa notable de materiales inéditos (destacando el fondo Rivet del antiguo Museo del Hombre) y de entrevistas realizadas a personas que lo conocieron (como por ejemplo Claude Lévi-Strauss). La obra incluye además como apéndices una cronología biográfica bastante detallada y una bibliografía casi exhaustiva, que se completan con la edición de los documentos que se han considerado más importantes.

Christine Laurière no es una recién llegada a estas temáticas y ya nos había llamado la atención anteriormente con algunos de sus artículos aparecidos en revistas como *Gradhiva* y *L'Homme* sobre Paul Rivet, por supuesto, pero también sobre Alfred Métraux, George Henri Rivière o el propio Franz Boas¹. Ahora publica una pieza fuerte, una biografía que es bastante más que eso, se trata en realidad de una revisión en pro-

fundidad de la historia de la antropología en el período de entreguerras, vista naturalmente desde una óptica francesa y en concreto desde las lentes de Paul Rivet, lo que tiene por consecuencia enfatizar el importantísimo movimiento institucional de los años 1920 y 1930 en Francia y mostrar además el papel decisivo que tuvo en ello América Latina (lo que es de especial interés para nosotros).

Precisamente porque no es una biografía al uso, además de introducciones y epílogos, la monografía está dividida propiamente en cuatro grandes capítulos que siguen una ordenación cronológica, pero cuyo contenido es en realidad temático.

La investigación se abre con el estudio de la Misión geodésica al Ecuador (1901-1906), la actividad científica, la inmersión en el trabajo de campo (en un sentido pre-Malinowski, próximo al de Haddon, Rivers o el propio Boas) y, sobre todo, con lo que la autora llama el «déclenchement d'une vocation» (el despertar, el desencadenarse de una vocación). Se trata en realidad de la aparición del compromiso hacia la población indígena, de la necesidad de dignificarla, de ponerla en valor y de reducir sus diferencias no a algo natural sino al fruto de la historia y la educación. Es decir, un antropólogo y una Antropología que nacen ante la necesidad de responder a una situación social, política y cultural que se percibe como injusta.

El siguiente capítulo, de cronología muchísimo más amplia, se titula «De la antropología física a la antropología difusionista (1906-1930)» y en realidad se centra en el aparato teórico-conceptual que impulsa a Paul Rivet. Huyendo del fijismo biologizante de la Antropología física —de raíces tan potentes en Francia— y de su vocación por jerarquizar las razas, Rivet busca explicaciones historicistas flexibles según el modelo del difusionismo más complejo y matizado. Utiliza así como primer referente teórico la filología histórica indo-europea e impulsa el estudio sobre las lenguas —en especial, las americanas— como el medio más adecuado para superar el limitado horizonte histórico de la mayoría de las poblaciones no-occidentales y mostrar las estrechas relaciones que existen entre ellas. En segundo lugar, la perspectiva difusionista le lleva a poner en valor una Antropología culturalista, que se interesa especialmente por las técnicas y el *know-how* («savoir-faire»), lo que al aplicarlo al caso americano le permite hacer una revisión radical de los conceptos de alteridad y diferencia. Más aún, Laurière muestra cómo Paul Rivet utiliza las técnicas y los saberes empíricos indígenas, que incorpora al patrimonio común de la humanidad, para demostrar la valía e igualdad de esas poblaciones. Una propuesta y unos objetivos especialmente combativos y relevantes para su época.

El tercer capítulo es el más ortodoxo y significativo desde el punto de vista de la historia de la Antropología, porque se centra en «l'homme d'institutions». En él se estudia su estrecha relación con la *Société des Américanistes* y su revista, así como con

¹ Entre ellos yo destacaría especialmente «L'anthropologue et le prognathe», *L'homme*, 163 (2002), 195-204; «D'une île à l'autre: Alfred Métraux en Haïti», *Gradhiva*, n.s. 1 (2005), 181-208; «Fictions d'une mission. Île de Pâques 1934-1935», *L'homme*, 175-176 (2005), 321-344; «L'anthropologue et le politique, les prémisses. Les relations entre Franz Boas et Paul Rivet (1919-1942)», *L'homme*, 187-188 (2008), 69-92.

el *Institut d'Ethnologie*, el Museo de Etnografía del Trocadero (y su cátedra de Antropología) y, sobre todo, con el Museo del Hombre y todo el complejo proceso de su fundación y primeros años de existencia. Es aquí donde asistimos con más claridad a sus relaciones y debates con figuras como Marcel Mauss, Alfred Métraux o Franz Boas; o donde se exponen sus propuestas de cómo debe ser un museo y cuáles son sus finalidades. También aquí es donde se afronta una nueva expedición científica, la «Mission de l'île de Pâques» (1932-1935).

El capítulo final aborda «les temps de l'épreuve», que yo traduciría —parafraseando a Santa Teresa— como «tiempos recios». Se trata, claro está, del período que asiste al progresivo triunfo del nazismo y los años de la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo es mostrar al Rivet más combativo y comprometido, así como contextualizar obras como su revista *Races et Racisme* (que merecería reeditarse, con estudios y comentarios, y que sorprendería a muchos por la innegable frescura que aún conservan algunas de sus páginas). Es también el capítulo que analiza su exilio, sobre todo el colombiano (1941-1943), y la forma cada vez más profunda con la que se implica en Latinoamérica, pasando por México, antes de retornar a Francia.

Concluye así este itinerario intelectual y disciplinar, que lo es también intercontinental. Una obra magnífica y notablemente extensa que, sin embargo, nos deja algunas insuficiencias. Los mexicanistas lamentamos especialmente la brevedad con que se trata su estancia y sus actividades en México, donde colabora estrechamente con los exilados españoles y donde publica una de sus obras más conocidas. Pero sobre todo, me parece insuficiente el tratamiento que se hace de Rivet y de su Antropología comprometida en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, frente a los movimientos independentistas y, muy especialmente, frente al caso —tan sangrante— de Argelia. Un tema que es central para la Antropología en general y para la Antropología francesa en particular y que Laurière condensa en un breve pero tenso epílogo. Probablemente la autora ha pensado que un tema tan importante y tan complejo merece por sí mismo una monografía como la que ella ha dedicado a la Antropología del período de entreguerras. Lo más sabio es quizá conformarse con lo que se nos ofrece, que ya es mucho, y disfrutar de una obra que además ha sido editada con un esmero y una belleza formal poco habitual en este tipo de estudios. Bienvenida sea, también en esto, la innovación.

Jesús BUSTAMANTE
Grupo de Estudios Americanos (GEA)
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

MACKENBACH, Werner (ed.), *Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas I, Intersecciones y Transgresiones: Propuestas para una Historiografía literaria Centroamericana*, Guatemala, F&G Editores, 2008, 309 pp.

Publicado como el primero de una colección total de seis volúmenes, y fruto de diez años de trabajo, el libro editado por Werner Mackenbach se enmarca dentro de un

ambicioso proyecto de colaboración de numerosos investigadores y estudiosos de distintas universidades de Latino y Centroamérica, Europa, Estados Unidos y Australia, planteando un acercamiento al objeto de estudio a través de un abordaje multidisciplinar, con enfoques desde la Historia, la Literatura y la Cultura.

Los quince artículos de los que consta el volumen, así como la Introducción del propio Mackenbach, tienen un idéntico objetivo: indagar las relaciones entre Historia y Literatura, cuestionar el conjunto de supuestos que sustentan dicha relación, y las consecuencias de que esos vínculos hayan sido construidos como parte de la evolución de los Estados nacionales, e investigar las múltiples y complejas conexiones de ambas con una «entidad» altamente problematizada a lo largo de todos los aportes: Centroamérica.

En la Introducción, el editor se encarga de realizar una serie de precisiones en relación a los problemas que plantea la tríada historia-literatura-Centroamérica, y explicita el carácter que tendrán los distintos artículos: éstos «discuten aspectos metodológicos con un enfoque pragmático» y en ningún caso, «pretende[n] dar respuestas exhaustivas y mucho menos definitivas a cuestiones y problemas que durante las últimas décadas han dominado el devenir de las ciencias sociales y culturales» [x]. Efectivamente, todos los ensayos elaboran sus propuestas desde un marcado sesgo especulativo. Como consecuencia de ello, los enfoques o miradas sobre los distintos ejes temáticos nunca postulan visiones concluyentes y cerradas, sino que tienen la intención de invitar a la reflexión sobre unos constructos culturales a los que los autores concuerdan en suponer mucho más complejos de lo que se les ha reconocido hasta ahora, y de servir de camino preparatorio para una posible/futura Historia de la Literatura Centroamericana, a la que discuten en aquellos aspectos que deberían fundamentar su concepción.

Dentro del conjunto de precisiones que se desarrollan en la Introducción, Mackenbach hace hincapié en dos conceptos que, a mi juicio, son los que informan toda la obra y se erigen como una justificación metodológica de fundamental importancia. El proyecto *Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas* tiene su anclaje en un «concepto pragmático y dinámico de Centroamérica/América Central como región cultural-lingüístico-literaria» [xxi]. *Pragmático* en tanto considera a América Central como istmo y como puente, haciéndose cargo de las consecuencias que supone definirla de esa manera; y en cuanto abarca la producción cultural-literaria de todos los Estados o regiones que tradicionalmente han sido comprendidos dentro de esa categoría. Es *dinámico* porque reconoce que Centroamérica, como conceptualización histórica, es un producto que ha variado según las épocas y las circunstancias y que, por tanto, sería contrario a una investigación de este tipo desconocer o escamotear la complejidad y la riqueza de dichos modulaciones a lo largo del tiempo. De este modo, el punto de partida metodológico está anclado en la voluntad de alejarse de cualquier determinismo que tomara a esta región como definida *a priori*, para dejar así el camino libre a su problematización. Finalmente, es *dinámico* porque entiende a la literatura como una institución con determinadas funciones, con una historia que es —también— la historia social y cultural del ámbito geográfico que comparte, y que, en consecuencia, debe ser estudiada desde esa misma historicidad compartida.

Los quince artículos que vienen a continuación tienen una característica que merece ser anotada, aunque ella sea, en parte, la consecuencia natural de estar contenidos en un libro cuyo objeto de estudio está muy bien delimitado. A la vez que presentan una enorme variedad de enfoques, todos giran por igual en torno a la problematización de unos mismos pocos conceptos y todos, en mayor o menor grado, acuerdan en otorgarle a éstos unas determinadas especificidades. Lamentablemente, ello redundante en que, en algunas ocasiones, la variedad quede subsumida en esa unidad más profunda, y en que el lector tenga la sensación de pasar muchas veces por las mismas ideas, repetidas una y otra vez. Esto, afortunadamente, no llega a alterar la riqueza de las propuestas.

Como era de esperar, en esa unidad a la que me acabo de referir, *Centroamérica* y la *literatura-historia* que se asocia a ella, son los objetos que ocupan el centro de las miradas críticas y de los múltiples cuestionamientos. Hay una especie de acuerdo general en considerar que «Centroamérica» es una entidad de impensada complejidad, en cuya definición y asignación de caracteres convergen problemáticas que tienen que ver con el número de países que la integran; su delimitación geográfica; su evolución histórica convergente o divergente; sus distintas lenguas, y la posición que ellas ocupan con respecto a las lenguas oficiales; las múltiples comunidades o grupos humanos que la componen y su relación con los demás sectores sociales y con el Estado; las especificidades culturales que esos grupos generan y que fueron insertadas, con mayor o menor éxito, en la construcción de los Estados nacionales; o el grado de hibridación y mestizaje interno que puede constituir la base de su riqueza cultural pero también de una problemática homogeneidad. Por su parte, la labor historiográfica, crítica e institucional a través de la cual la *Literatura* —como metadiscurso, como canon y como institución— fue creada, es denunciada casi unánimemente por su función nacionalista, tendiente a crear un corpus que glorificase la unidad nacional y la homogeneidad de su sujeto; por no haber llegado a formular sus conexiones con una región más amplia que las fronteras de la nación; o por limitarse, en la mayoría de los casos hasta muy entrado el siglo XX, a constituirse en una nómina unilineal, de corte romántico, de autores y obras destacados, creando con ello la sensación de series cerradas que se suceden unas a otras, e imposibilitando la visualización de la complejidad inherente a conformaciones culturales que no son armónicas ni internamente, ni en su relación con las demás esferas de la cultura y la sociedad. La acusación está dirigida especialmente, en casi todos los artículos, hacia una construcción *liberal* de la historia literaria que privilegió la difusión y consagración de los autores de la oligarquía o de las élites letradas, dejando deliberadamente de lado la literatura escrita por minorías, cuya oralidad o cuyas propuestas contrahegemónicas no entraban dentro de lo que debía ser «la gran literatura», moldeada según los parámetros occidentales. En esta misma perspectiva, se pone en entredicho la distinción entre baja y alta literatura, entre literatura de élite y literatura popular, o entre textos pertenecientes a los géneros consagrados y aquellos que no se encuadran bien en ninguno de ellos y que, por ende, caen fuera de «lo literario». Dichas distinciones son visualizadas como manipulaciones realizadas en beneficio de la construcción de una imagen particular de nación, de carácter eminentemente excluyente, masculino y escritural.

En cuanto a la diversidad de las contribuciones, cabe destacar que cada uno de los artículos recoge la necesidad de tener en cuenta, en la revisión crítica, los aportes de corrientes, teorías y reflexiones que van desde el psicoanálisis, el poscolonialismo, los presupuestos metodológicos de la literatura comparada, el feminismo, el deconstruccionismo o los aportes de Foucault, hasta la recuperación, en el ámbito latino y centroamericano, de las reflexiones de Rama, Ana Pizarro, Magda Zavala y Seidy Araya, Beatriz González Stephan o Dante Liano. Sus investigaciones específicas, además, cubren un espectro considerable de temáticas entre las que se incluye el de la mujer como productora de literatura; el de las relaciones entre las editoriales nacionales, internacionales y el mercado, y sus mecanismos de inclusión/marginación de obras y autores; las ambiguas fronteras entre el testimonio y la literatura; la existencia de una supuesta literatura de la posguerra o de la pacificación para algunos de los países de la región; o el problema de la periodización literaria y de una utilización de la misma que dé cuenta de solapamientos, y entrecruzamientos, desarmonías, confrontaciones, recuperaciones, reelaboraciones y reconfiguraciones del corpus y que, por tanto, evite el aplanamiento homogeneizante y unidimensional de las periodizaciones anteriores.

Aunque, en algunos casos, la reseña de los mismos críticos y de las mismas propuestas teóricas en distintos artículos puede generar esa sensación, ya mencionada, de encontrarse leyendo lo mismo en distintos lugares, y aunque pueda considerarse como discutible el énfasis puesto en la dependencia de las metrópolis de los modelos culturales y explicativos-interpretativos utilizados hasta ahora para la región y para la literatura, con su consecuente hincapié en la imitación y la copia, por encima del reconocimiento de actividades de apropiación y adaptación creativa; es indudable que *Intersecciones y Transgresiones: Propuestas para una Historiografía literaria Centroamericana*, como primer volumen de una serie considerable, y como trabajo de investigación en sí mismo, tiene el mérito de transmitir claramente la complejidad que supone hoy día acercarse a la literatura y a la historia literaria de una región procurando dar de esos elementos una imagen no reduccionista, sin porfiar en armonías tranquilizadoras y en unidimensionalidades no problemáticas, y sin negarle al fenómeno la riqueza y la fertilidad que le nacen de sus múltiples formas de modulación, de su conformación muchas veces contradictoria, y del carácter fluctuante, flexible y enmarañado de su existencia.

Malvina GUARAGLIA

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología - CSIC

MARRERO CRUZ, Eduardo, *Julián de Zulueta y Amondo: promotor del capitalismo en Cuba*, La Habana, Ediciones Unión, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 2007, 244 pp.

Fue Julián de Zulueta y Amondo, vasco de origen e inmigrante en Cuba desde 1814, la figura más relevante del empresariado cubano de la segunda mitad del siglo XIX, hasta su fallecimiento, acaecido en 1878. Se puede decir que sustituyó en esa

función a la familia Aldama y, por seguir con el simbolismo, dejó tal honorabilidad al también inmigrante español, aunque asturiano, Manuel Rionda y Polledo.

Con sólo citar a esos otros personajes y situar al cubano-esuskaldún entre ellos cualquiera que esté informado someramente en la historia de la Gran Antilla se hace ya una idea bastante precisa de la importancia y trascendencia de Julián de Zulueta y Amondo, primero marqués de Álava y primer vizconde de Casablanca. Su vida y obra, sin embargo, y también como las de esas otras figuras, carecen de biografías dignas de tal nombre, un género muy poco cultivado hasta ahora por la historiografía cubana, hecha en la isla o fuera de ella.

El libro de Eduardo Marrero Cruz no satisface la necesidad de una biografía de Julián de Zulueta, es en todo caso una aportación a ella, bastante superficial, muy descriptiva, remisa en análisis y relaciones, que deben ser la enjundia del trabajo cuando se estudia como historiador una vida. No obstante, con esos límites, como pequeña aportación a un género tan poco transitado por los autores que se ocupan de estudiar Cuba y también al conocimiento del personaje, la obra es digna de comentario. Seguramente es por eso que ha recibido varios premios en la isla: el UNEAC de Biografía Enrique Piñeyro 2005, otorgado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y el de la Crítica a la Mejor Obra Científico-Técnica Publicada por la Ediciones Unión 2007, que convocan y conceden el Instituto Cubano del Libro y la Academia de Ciencias de Cuba.

Como todo libro, *Julián de Zulueta y Amondo: promotor del capitalismo en Cuba*, es obra propia de un autor y esa autoría explica en parte sus virtudes y defectos. Eduardo Marrero Cruz, investigador agregado del Centro Nacional Juan Marinello, profesor adjunto de la Universidad de Matanzas e Historiador de la Ciudad de Colón, su villa natal, difumina sus intereses entre una amplia y variada gama de temas, que además aborda desde distintos géneros: la historia, la novela, el ensayo literario, el periodismo. Por poner sólo unos ejemplos, acaba de publicar con Miriam Hernández González *Julio Reyes Cairo. Del umbral del heroísmo* (Matanzas: Ediciones Matanzas, 2008), libro dedicado a uno de los héroes del asalto al cuartel de Moncada, liderado por Fidel Castro y considerado primer episodio de la revolución cubana, que tuvo lugar el 26 de julio de 1953, tema y género (la biografía) que son sin duda los más cultivados por dicho autor. De su pluma han salido también *El médico del Moncada* (La Habana: Verde Olivo, 2000), cofirmado igualmente con Hernández González y que versa sobre la figura de Mario Muñoz Monry, y Armelio Ferrás Pellicer (Matanzas: Ediciones Matanceras, 2002), otro asaltante del referido cuartel. Pero además de estos pagos el historiador matancero ha recorrido muchos otros, verbigracia, en artículos acerca de la arquitectura de la localidad que lo vio nacer, o acerca de la obra del canario José Miguel González Jiménez y su aportación al arte cubano, o en algunos libros más, como *En el Imbondeiro* (Santa Cruz de Tenerife: Editorial Balie del Sol, 2002), novela que recrea el universo de un grupo de civiles cubanos destinados en Angola, o *De albores y caminos* (Matanzas: Ediciones Matanceras, 2006), historia local, en este caso, de su natalicio terruño colombino.

No es el autor, desde luego, el historiador profesional que requeriría una biografía histórica de Julián de Zulueta como la que echamos de menos, sino más bien un ensa-

yista y divulgador de temas históricos, y por eso su *Julián de Zulueta y Amondo: promotor del capitalismo en Cuba* es un somero ensayo de divulgación, de alta divulgación a lo sumo. Se excusa el autor, y con ello es consciente de las limitaciones de su obra, lo que desde luego resulta positivo, en que la mayoría de las fuentes para el estudio del tema están en España y no en la Gran Antilla, pero esto sólo es parcialmente cierto en lo que respecta a las conexiones políticas del personaje, no así a las empresariales y a su actividad económica, lo realmente importante, lo menos conocido y lo que explica y justifica y da valor, además, a aquellas primeras. Se excusa también Marrero Cruz en su dificultad para acceder a muchos trabajos publicados y cuya consulta podría haber mejorado su libro, pero otros de sus colegas con dedicación más exclusiva a la investigación histórica en la isla muestran cada día cómo es posible superar esas carencias. El problema es de dedicación, no de otra índole.

Dice también Marrero Cruz en una entrevista colgada en el blog *Literatura en Matanzas* (http://literaturaenmatanzas.blogspot.com/2008_02_01_archive.html, consultada abril de 2009) sobre la utilización de diversos géneros de expresión literaria y variados métodos de aproximación a los temas, que tales recursos «a veces te permiten decir más. El soslayar estos cauces hace que se pierdan muchas historias interesantes, y muchos historiadores. En [mi obra acerca de] *Zulueta*, por ejemplo, comienzo los capítulos moviendo el discurso del presente al pasado, una licencia poco usual para la “historia pura” y que algunos amigos me censuraron en el manuscrito». Se le puede responder que hay muchos y muy buenos libros de historia, sobre todo en las últimas décadas, que huyen de la compartimentación disciplinar y que utilizan recursos como los que comenta el autor y resulta un sinsentido, por lo tanto, recibir críticas negativas por ello, no así, sin embargo, por haber trabajado tan poco la estructura del texto.

En efecto, *Julián de Zulueta y Amondo: promotor del capitalismo en Cuba* se estructura en varios capítulos que responden a las distintas actividades que en su vida desempeñó el biografiado. Sus lazos familiares, de paisanaje, políticos; su papel en el tráfico de esclavos africanos destinados a trabajar en la industria azucarera, y luego en el del chinos, con los que se trató de compensar la falta de aquéllos en determinados momentos por las restricciones a la trata a partir de la década de 1840; su labor como miembro del Cabildo de La Habana y como promotor de la urbanización de la ciudad; su labor igualmente como empresario azucarero y ferroviario. En cada uno de esos temas-capítulos Marrero Cruz hace un recorrido por la vida del personaje, pero salvo en el referido al Cabildo y la urbanización, donde consigue hilar más fino y aportar un análisis con algo más de profundidad, ni siquiera intenta ir conectando problemas y temas e hilvanar un discurso homogéneo y estructurado.

«Tal vez —dice el autor en la misma entrevista mencionada— lo “negativo” del personaje y estas transgresiones [literarias] han contribuido a la buena acogida del libro.» Pero seguramente la explicación de la acogida no está en las transgresiones, ni tampoco en lo negativo del personaje —juicio de valor y extemporaneidad de los que debiera huir el historiador—, aunque sí en el personaje. Decíamos que era posible ver a Julián Zulueta y Amondo como un simbólico líder de un período de la industria azucarera cubana, pues fue el personaje, por encima de todo, un azucarero, incluso más

allá de sus orígenes como empresario y de los orígenes de su fortuna, vinculados al comercio y la trata, actividades, por otra parte, que ejerció en sintonía con el negocio del azúcar, como lo estaban en una Cuba muy especializada económicamente en la producción del dulce alimento en la época en que vivió el biografiado. Tal período fue, además, el de la historia de la gran transformación del sector, cuando se completó su mecanización, se concentró horizontalmente y los más de un millar de ingenios del país dejaron progresivamente paso a dos centenares de modernos y grandes centrales con una capacidad de producción cuarenta veces superior a la de sus antecesores. Y por si eso fuera poco, y en relación con ello, el período fue también el de la progresiva abolición de la esclavitud y la descentralización paralela de la oferta de caña, dejada paulatinamente en manos de campesinos más o menos independientes llamados colonos. Y fueron los años, asimismo, en que el cultivo de la gramínea se extendió rápidamente hacia el este y el interior de Cuba, aunque sin llegar a la mitad oriental del país (lo que ocurriría sólo en el siglo XX) y en el que el millar de kilómetros de ferrocarriles de servicio público que se habían tendido para atender sus necesidades productivas comenzaron a sufrir la competencia de trenes industriales, construidos y utilizados específicamente para el acarreo de la gramínea de los campos a los centrales.

Fue un proceso complejo el de ese simbólico liderazgo de Julián de Zulueta Amondo, titulado por el rey y por sus méritos marqués de Álava y vizconde de Casablanca en los últimos años de su vida. Un proceso de transformación y supervivencia en una época y en un sector empresarial en la que este último acabó determinando casi por complete la economía cubana, especializándola hasta extremos que es raro observar en otros casos en el mundo, sobre todo con el éxito que se logró en la Gran Antilla. Por eso el vizcaíno diversificó tanto su actividad, abarcando todos los procesos que inmiscuían a su negocio, y por eso fue él quien fomentó, no el primer central azucarero moderno, pues hubo algún otro anterior al suyo, llamado Álava, pero sí el primero central azucarero con su propio ferrocarril industrial. Nada de ello se trasluce del libro de Marrero Cruz, ni siquiera los muchos datos, sobre todo los ofrecidos en el apéndice, son explotados suficientemente por el autor en el análisis.

Y así, como se ha dicho, nos queda un libro de divulgación histórica, bastante impresionista, con estructura dispersa y poco interconectada y escasez de análisis, tal y como en sus primeras palabras parecía comprender el autor, aunque luego le han sobrado las excusas acerca de por qué la obra no es ni puede ser otra cosa más que lo que es. Y dentro de esos límites es, desde luego, un texto valioso, sugerente de lo mucho que queda por hacer en tan interesante tema, inserto en géneros (biografía, divulgación) poco frecuentados por la historiografía cubana hasta ahora y, por tanto, bien intencionado en su necesaria renovación. Nos queda un trabajo, además, del que es posible utilizar muchos de los datos y de la información novedosa que el autor ha tenido a bien desenterrar de los archivos y hacer pública para uso y disfrute de los demás. No obstante se es consciente de que estos comentarios sobre él han sido rigurosos, contundentes y sin contemplaciones, que no quepa duda alguna, para finalizar, que en opinión de este crítico es mejor contar con el *Julián de Zulueta y Amondo: promotor del capitalismo en Cuba* de Eduardo Marrero Cruz, que carecer de él y prácticamente

de cualquier otra contribución a la vida y obra del personaje, como sucedía hasta su publicación.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

MUSSET, Alain, *¿Geografía o geoficción? Ciudades vulnerables y justicia espacial*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquía, 2009, 223 pp. y 19 ilustraciones.

Estamos ante la obra más personal y provocadora de Alain Musset, gran especialista en la geografía histórica de la América hispana. El autor se ha mostrado siempre como un geógrafo-historiador, o lo que es lo mismo, un especialista de la problemática y representación de los espacios físicos americanos tratados no de forma sincrónica, sino con la perspectiva diacrónica, que se ha considerado siempre como propia y casi exclusiva de los historiadores. De esta manera, se había enfrentado a problemas geográficos como los representados por el agua en la cuenca central de México, desde los tiempos prehispánicos a la actualidad, o se ocupó del traslado de las ciudades americanas desde la conquista hasta el presente, campos de interés que han dado lugar a modélicas monografías de esa disciplina que él mismo define como «*geografía de la larga duración*».

Pero en el libro que ahora comentamos, el Dr. Musset añade un elemento nuevo y personal: su afición por la lectura de las llamadas novelas de *ciencia ficción*. Reconoce que, tras las agotadoras jornadas de trabajo con sus estudiantes y su actividad investigadora, trata de relajarse leyendo este tipo de literatura. Con todo, su poderosa vocación como investigador no le ha permitido leer este tipo de obras sin sacarle algún provecho para su tarea académica. Las novelas y las películas de ciencia ficción describen ciudades imaginadas con problemas que, aunque colocados en tiempos y espacios más o menos remotos, no dejan de estar inspirados en los que padecen nuestras actuales metrópolis. Entonces, se pregunta el autor, ¿por qué despreciar estas visiones de la realidad y no incorporarlas al estudio académico de la problemática del mundo urbano del presente y del pasado? El autor es claramente consciente de la diferencia entre realidad y materialidad. Los mundos imaginados, como le ocurre a las ideas religiosas o cualquier tipo de mitología, aunque no tengan una existencia física y material, no dejan de existir y pesar profundamente en la toma de nuestras decisiones y son imprescindibles para la perfecta comprensión de eso que llamamos realidad.

¿Acaso la Atlántida de Platón, La Utopía de Tomás Moro, El Dorado del que habla Voltaire o la Nueva Jerusalén que buscaban levantar los jesuitas de las Reducciones guaraníes, no son elementos muy importantes para comprender los anhelos sociales y la realidad cultural y política de las épocas en las que fueron escritas o simplemente imaginadas? Alain Musset responde afirmativamente a esta cuestión y se lanza a reflexionar sobre la realidad urbana usando, además de los documentos del pasado y la observación del presente, los temores que sobre el futuro se encierran en la literatu-

ra de ciencia ficción. Así, junto a ciudades reales como México, León (Nicaragua) o Medellín, con la infinidad de sus dificultades materiales, aparecen los problemas imaginados, pero no menos reales, de *Coruscant*, la capital de la República y luego del Imperio Galáctico en la saga cinematográfica de *Star Wars*; la *Tractor* que describe Isaac Asimov en *Fundación e Imperio*; o la ciudad de *Angosta* que, en la novela de Héctor Abad Faciolince, es en realidad un trasunto de la conflictiva Medellín. De la misma manera junto a la descripción de los conflictos sociales de los guetos contemporáneos de nuestras ciudades, se muestran los de otros mundos imaginados como los descritos en obras de ficción tan conocidas como *Robocop* o *Blade Runner* o por autores como H.G. Wells o Aldous Huxley.

De esta manera queda perfectamente entendida la primera parte del título de este libro: *¿Geohistoria o geoficción?* Pero todavía quedaría por explicar su segunda parte: *Ciudades vulnerables y justicia espacial*. En efecto, la presente obra de Alain Musset tiene un hilo conductor; una preocupación principal que sirve de argamasa en esta compleja trama de historias e imaginaciones: la fragilidad de nuestras grandes megalópolis, su vulnerabilidad. No hay duda que cuando pasen los años y los historiadores del futuro busquen imágenes para representar el inicio del siglo XXI, todos recurrirán a las fabulosas y poderosas Torres Gemelas de Nueva York desmoronándose como castillos de naipes ante el ataque brutal del terrorismo. Este fenómeno es especialmente grave en los atestados medios urbanos y desde luego supone una gran preocupación de futuro, pero las megalópolis del presente tienen otros retos no menos graves: la existencia de feroces tribus urbanas; los guetos; los cinturones de pobreza; la contaminación; los problemas de abastecimiento, el suministro de agua, el reciclaje de sus toneladas de basura. Unos desafíos que están presentes tanto en los despachos de los alcaldes actuales, como en las páginas de las novelas que hablan del futuro (en ese sentido es de resaltar la utilización por parte del autor de la novela de Gonzalo Martré: *Coprofernalía, Jet Set. Cuando la basura nos tape*, que muestra a una ciudad de México a punto de sofocarse bajo el peso de sus propios desperdicios) y que tienen su origen común en la falta de justicia social y su expresión en el territorio, la tan deseada y poco frecuente *Justicia espacial*.

En este último sentido, un pequeño reproche: el autor debiera explicar lo antes posible lo que significa ese último término de «*justicia espacial*», pues a la vista de que en la obra aparecen repetidamente citadas obras que hacen referencia al espacio exterior, ése que surcan las naves intergalácticas, un autor poco avisado puede pensar que lo de la justicia espacial se refiere a la que hacen Luke Skywalker y el resto de los caballeros Jedi con sus espadas láser y no a un concepto de pura sociología urbana.

El libro de Alain Musset se divide en seis capítulos que pertenecen a dos partes muy bien definidas de la obra. En los tres primeros capítulos, el autor presenta un desarrollo mucho más convencional referido a otras tantas cuestiones que ya había tratado en obras anteriores. El problema del agua y la crisis ambiental en la gran megalópolis de México DF; la explicación de las razones que llevan a las ciudades americanas a cambiar de emplazamiento y, finalmente, en el capítulo tercero se trata el caso especial de la ciudad de León en Nicaragua que, obligada a cambiar de emplaza-

miento tras ser arrasada por una catástrofe natural, se reubica junto a la población indígena de Sutiaba, lo que provoca hasta la actualidad una especie de dicotomía, que el autor analiza con la maestría y agudeza que caracterizan sus obras.

Los últimos tres capítulos son en los que, de manera más intensa, las obras de ciencia ficción sirven como uno de los elementos destacados con los que el autor analiza la problemática de la vulnerabilidad y la justicia social en la urbes contemporáneas. Así, en el capítulo cuatro, la mítica *Curuscant* de la Guerra de las Galaxias, sirve como contrapunto a la moderna ciudad de México y sus variadísimos retos. En el capítulo cinco, se tratan, con la misma perspectiva, los problemas de varias ciudades actuales y de ficción, para en el sexto y último hacer una referencia concreta a la ciudad de Angosta, que, como hemos comentado, es un modelo de ficción basado en Medellín. Es tal vez en este capítulo donde se hace especial hincapié en el análisis de los guetos en nuestras urbes, lo que constituye para el autor uno de los retos más importantes y posiblemente la causa más importante de su vulnerabilidad. Un asunto éste que el autor ha sufrido en sus propias carnes, pues, como afirma en la introducción, se vio sorprendido por la violencia que azotó con furia los suburbios franceses en octubre de 2005, una violencia que había sido profetizada en algunas películas e incluso en las letras de músicos *raperos*, lo que da todavía más sentido al particular método de investigación de este libro.

En suma, estamos ante un trabajo que es a la vez resultado de la experiencia de un investigador que ha seguido las firmes sendas del academicismo más puro —dicho sea el término académico en el mejor de sus sentidos— pero que ahora lo mezcla con sus personales aficiones y emociones, para dar lugar a un trabajo sugerente a la vez que original y que logra ser, como el mismo autor pretende, provocativo.

Pablo E. PÉREZ-MALLAÍNA BUENO
Universidad de Sevilla

NARANJO OROVIO, Consuelo (coord.), *Historia de Cuba*, Madrid, Doce Calles-CSIC, 625 pp., con índices y bibliografía final.

Esta *Historia de Cuba* es parte de un proyecto más amplio puesto en marcha en 2006 por la Dra. Consuelo Naranjo Orovio en el marco de la Red de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico desde el Instituto de Historia de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IH-CCHS, CSIC), con el apoyo de Ediciones Doce Calles y de Publicaciones del CSIC. Con la publicación de este volumen sobre Cuba se inicia una serie dedicada a la historia de las Antillas que abarca desde la conquista hasta el tiempo presente. Seguirán otros cuatro libros, uno dedicado a la República Dominicana, otro a Puerto Rico, junto a dos volúmenes dedicados uno a las Antillas no hispanas y el otro a un estudio que de forma comparada analiza los temas fundamentales que generaron diferencias y similitudes en las Antillas.

La relevancia de este proyecto es evidente. Por su posición geoestratégica y por su fragmentación insular las Antillas nunca fueron estudiadas como un espacio identitario (en todos los sentidos), ni mucho menos como parte esencial de la América Hispánica. Por razones que merecerían un estudio aparte, aquellas Antillas se quedaron aún más insulares de lo que son y —hecho aún más discutible— muy marginadas de la historia atlántica. Quizás el camino diferente frente a las emancipaciones del periodo 1808-1824 haya influido en desubicar historiográficamente esta parte estratégica de la monarquía católica y del mundo atlántico en general.

Este volumen sobre la historia de Cuba es una muestra de lo que anima el proyecto: reconstruir a lo largo de cinco siglos por una parte rupturas y continuidades y por la otra los ejes articuladores que la metrópoli construyó cíclicamente hasta la independencia de la isla, en el intento de valorizar los recursos disponibles. Hay sin embargo algo más que, de entrada, llama la atención del lector. La revolución castrista tuvo un impacto tremendo en la historiografía que se ocupa de Cuba. Las rupturas que se dieron en el país a partir del 1 de enero de 1959, cuando Fidel Castro entró triunfalmente en La Habana tras dos años de lucha en contra del régimen de Batista, fueron tan profundas que redefinieron la misma historia de Cuba en la larga duración. Al igual que otras revoluciones del siglo XX, la cubana transformó el pasado en una expectativa del presente. Y vale la pena recordar que este teologismo historiográfico no fue sólo una operación ideológica del régimen, sino que fue practicado «universalmente», a nivel internacional, y también por parte de historiadores «contrarrevolucionarios». La revolución castrista se volvió así una «necesidad», a la vez que fue la ruptura más importante de la historia cubana.

Sin embargo, hay que decir que en la isla la historiografía no fue tan uniforme como las que se produjeron en los demás países comunistas. La historia intelectual de la Revolución fue más compleja por la naturaleza misma del régimen, por lo menos hasta los años setenta del siglo pasado. Lo explica muy bien Rafael Rojas en uno de los capítulos de este libro. Los años que van de 1959 a 1971, cuando realmente empezó la «sovietización» cultural, fueron los más dinámicos desde el punto de vista cultural e ideológico, hasta en una perspectiva latinoamericana. En aquellas dos décadas no sólo se produjo la confrontación entre nociones liberales, católicas y marxistas de la cultura sino que dentro del propio campo socialista tuvo lugar un intenso debate entre concepciones estalinistas y libertarias de la producción intelectual. Rojas tiene razón en recordar dos datos. El primero es que la Revolución aconteció en un momento de «esplendor» de la cultura cubana. El segundo es que, como sabemos, ésta no fue originariamente una revolución comunista sino nacionalista. Después del «gran salto» de 1962, cuando Castro informó a los ciudadanos que lo que habían hecho era una revolución socialista, por diez años hubo un equilibrio entre el «Intelectual Nacionalista Revolucionario» y el «Intelectual Comunista Revolucionario», una situación, por supuesto, bastante tensa y problemática que sin embargo permitió a la cultura cubana un espacio de autonomía inimaginable en otros contextos revolucionarios. También la historiografía cubana de aquellos años se desarrolló entre los dos campos, entre —por ejemplo— el «viejo» historiador marxista Julio le Riverend y el «más joven» Moreno

Fraginals, muy conocido a nivel internacional por su clásico estudio sobre la historia del azúcar. La soviétización borró progresivamente este espacio, consumando un drama anunciado.

Ahora, en nuestros días, en el ocaso del largo otoño del patriarca, el punto al orden del día es construir una historiografía «posrevolucionaria», es decir una perspectiva de «normalización» que permita rearticular el pasado alrededor de tres ejes: la superación del «punto teleológico», las autonomías historiográficas de las continuidades y de las rupturas, y la dimensión atlántica, es decir la ubicación geohistórica de la isla a lo largo del tiempo. Este libro se mueve en esta perspectiva gracias a un grupo de historiadores experimentados y especialistas. Además —como señala la coordinadora—, se trata de expertos de distintas escuelas historiográficas, instituciones y disciplinas. Y vale la pena añadir de entrada que unos de los méritos de la obra es el apego a una estructura clásica, ajena a ciertas modas usuales. El texto está estructurado en seis partes: Población, Economía, Sociedad, Política, Cultura y Ciencia, y Medio siglo de políticas económico-sociales en Cuba socialista. Este último apartado, aunque no muy largo, es sin embargo de gran calidad puesto que su autor es Carmelo Mesa-Lago, uno de los máximos expertos en el campo de los estudios sobre las políticas económicas del régimen a lo largo de toda su trayectoria. Desde hace cuarenta años los análisis de Mesa-Lago han sido un referente insustituible para conocer los que él llama los «ciclos» de la economía socialista de Cuba, que según sus cálculos han sido nueve a lo largo de medio siglo. Lo importante es que Mesa-Lago es capaz siempre de explicar los datos cuantitativos a partir de las decisiones políticas del grupo dirigente y de Fidel Castro en particular. Es notorio que en este campo las decisiones se quedaron siempre en las manos del *líder máximo*. El enfoque de Mesa-Lago permite entender en qué medida las dinámicas de los ciclos fue determinada por dos modelos de comportamiento ideológico, el «idealista» antimercado y el «pragmatista», orientado hacia el mercado. Al contrario de lo que sucedió con el dualismo en el campo de la cultura, el de la economía nunca tuvo autonomía porque —como subraya el autor— fue condicionado no sólo por el protagonismo de Castro, sino también por la preocupación que de la opción «pragmatista» surgiesen nuevos actores independientes del Estado. Las presiones externas, como la desaparición de la Unión Soviética, jugaron luego otro papel decisivo. En fin, el punto quizás más relevante en una perspectiva de larga duración —la del libro— es que el medio siglo de experimentos socialistas continuos no han cambiado en lo básico la estructural dependencia de la isla del sistema internacional.

Este dato es sin duda un hilo de lectura sugerido por el libro. Y en esta perspectiva el núcleo fuerte de la obra son los estudios sobre los siglos XVIII, XIX y XX que abarcan política y sociedad. Aquí habría mucho que decir acerca de los tantos estímulos para reflexionar sobre las peculiaridades históricas de la isla en el contexto atlántico, empezando por la población. El análisis de Consuelo Naranjo Orovio sobre este tema tan complejo introduce el dato básico: en las épocas de las grandes migraciones hacia América el azúcar y el sistema colonial dieron una pauta bien diferente al flujo que se produjo hacia Cuba. Por supuesto la composición fue distinta de las demás, en el sentido multiétnico: africanos y españoles y, posteriormente, chinos, jamaí-

canos, etc. Pero lo que Naranjo Orovio y luego José Antonio Piqueras, junto a Alejandro de la Fuente, subrayan como dato «transversal» es la ambivalencia de la política española hacia Cuba, y no sólo antes de las independencias americanas sino también después, a lo largo de todo el siglo XIX. Quizás de manera burda se podría decir que las políticas azucareras de las autoridades peninsulares lograron siempre resultados contradictorios. No cabe duda sobre este punto —y es un gran mérito del libro— que el azúcar modernizó la isla entre el final del siglo XVIII y a lo largo de todo el siglo XIX. De manera que el siglo XX aparece como la última etapa en declive de un largo ciclo de crecimiento y —valga repetirlo— de modernización, quizás más avanzada que la de los demás países independientes de América Latina. Pero no sólo, el texto de Piqueras muestra contundentemente una notable continuidad «borbónica» entre el siglo XVIII y XIX, lo cual obviamente no deja de llamar la atención. La continuidad de la condición colonial de la isla adquiere así una doble lectura: falta de autogobierno completo, pero a la vez un crecimiento en inversiones, tecnología, cultivos, etc. Sin duda —como se ha afirmado siempre— la cuestión esclavista pesó cada vez más en el escenario global, pero lo realmente contradictorio del *boom* azucarero fue la interacción entre las coyunturas políticas cubana y española. Otro aporte de calidad de esta obra es precisamente la reconstrucción de cómo y hasta qué punto los gobiernos españoles, moderados y reformistas con tinte liberal, fueron incapaces de gobernar los cambios cubanos a pesar de la alianza con la sacarocracia, debido a que los grupos dirigentes no fueron capaces de salir del patrón borbónico colonial. No es casual que la primera guerra de independencia cubana, la de los Diez Años, se diera en un momento de estancamiento político de la Península, hecho confirmado luego por el Pacto del Zanjón en 1878 que demasiado tarde intentó salir del «secular desengaño» (Piqueras) de un patrón colonial demasiado ambivalente y, a pesar de todo, obsoleto.

El azúcar del *boom* erosionó la colonia mucho más de lo que se pudo percibir en la época, pero este proceso no benefició a la nueva república. Vanni Pettinà —que escribe sobre el siglo XX— tiene razón cuando afirma que la debilidad de la primera república, 1901 y 1933, no dependió de la política estadounidense sino de la fractura que se produjo entre la política y la economía, precisamente la herencia del borbonismo oscilante del siglo XIX colonial. Sin duda las devastadoras crisis financieras de los años veinte, que acabaron con el más que secular crecimiento azucarero, tuvieron su peso, pero en una perspectiva de más larga duración —como la del libro— el intento revolucionario de 1933 aparece más bien como el punto de llegada de dos etapas (1878-1898, 1901-1933) de un mismo ciclo de desestructuración del orden colonial, que los grandes cambios de regímenes —como la independencia— no lograron detener. De ahí que Pettinà en cierto sentido saca de la leyenda negra el llamado «primer batistato», con argumentos que hoy suenan muy reales. Nunca antes hubo como en los años cuarenta la *ilusion lyrique* de una convivencia viable entre economía y política, y esto, con una paradoja sólo aparente, gracias al caso azucarero, a su «cubanización», a la Buena Vecindad de Roosevelt, y a las políticas reformistas batistianas y de los demás partidos, en un contexto institucional estable y con amplio consenso social. La Guerra Fría interrumpió este momento democrático (único) de Cuba porque desar-

ticuló el sistema de los partidos mucho más allá de la «cuestión comunista», «restaurando» la fractura entre política y economía, por supuesto bajo condiciones distintas a las del pasado. La revolución castrista no fue inevitable, al igual que todas las revoluciones, pero al igual que las demás fue desencadenada por una crisis política más grave que la que hundió en 1933 la República de «los generales y doctores».

Después de haber recorrido este libro apasionante y lleno de nuevos interrogantes, el lector llega a la conclusión de que alrededor de la gran continuidad del azúcar y de su mundo hubo unos pocos ciclos de discontinuidad política que no lograron articularse entre sí, fragmentando constantemente el proceso de desarrollo institucional. Y las víctimas de esta historia no fueron sólo las instituciones, sino más bien los actores políticos colectivos y los partidos en primer lugar. La modernización, discutible pero indudable, no tuvo sus intérpretes, ni en la época colonial tardía ni en la republicana. En este sentido Cuba fue una frontera del Atlántico hispanoamericano porque experimentó con más profundidad y precozmente —y no por ser una isla— aquellas ambivalencias de las modernizaciones que encontramos en momentos diferentes en muchos de los países continentales.

Antonio ANNINO
Universidad de Florencia - CIDE, México

PÉREZ HERRERO, Pedro, Consuelo NARANJO OROVIO y Joan CASANOVAS CODINA, *La América Española (1763-1898). Política y Sociedad*, Madrid, Editorial Síntesis, 2008, 400 pp.

Pedro Pérez Herrero, Consuelo Naranjo Orovio y Joan Casanovas Codina, tres de los americanistas más consolidados en el panorama historiográfico español y con una sólida proyección internacional, han dado vida a una interesante obra de síntesis de los procesos políticos y sociales de la América española entre la etapa borbónica y las independencias. Este tomo voluminoso se inserta en un proyecto de la Editorial Síntesis, dirigido por Elena Hernández Sandoica, y que apunta a ofrecer un recorrido cronológico y temático riguroso y, sin embargo, de divulgación accesible, por la historia de España desde su prehistoria hasta nuestros días. El tomo en cuestión, que tiene la calidad indudable de recoger las más recientes aportaciones de la historiografía americanista, ofrece una amplia panorámica de los nudos políticos y sociales que marcaron el espacio geográfico de la América española en una delicada etapa delimitada, por un lado, por el ciclo reformista borbónico y, por el otro lado, por el ciclo independentista.

Aun tratándose de una síntesis, el libro, que se nutre de la larga experiencia acumulada por los autores en años de investigaciones sobre temáticas americanistas, intenta reforzar la consolidación de perspectivas interpretativas novedosas. En particular, su ambición es la de contribuir a la deconstrucción de algunos de los estereotipos mayormente enraizados en el americanismo y que, sin embargo, han sido objeto de un creciente análisis por parte de la historiografía más reciente.

Así pues, la primera virtud del libro está representada por la atención que el mismo presta a la heterogeneidad de la que, con excesiva parsimonia de matices, ha sido y es normalmente definida como la América española. El libro lleva a cabo una diferenciación entre distintas regiones de la estructura imperial española que aparece a lo largo de todo el texto y que adquiere forma a partir de variables cronológicas y geográficas. En este sentido, los autores distinguen entre regiones de colonización más reciente o más tardía, ilustrando sus diversidades en términos de relaciones socio-políticas y destacando el efecto distinto que el reformismo borbónico de Carlos III y de Carlos IV tuvo sobre las mismas. Otra novedad interesante es la integración plena del concepto de frontera imperial, ya muy útil para comprender la evolución política y social de las trece colonias norteamericanas, en el contexto del imperio español. Finalmente, en el ámbito de los matices geográficos, la novedad más importante es probablemente el amplio espacio que el libro dedica a la región del Caribe hispánico. Se trata de una zona perteneciente a la estructura imperial española y a la cual, sin embargo, la historiografía latinoamericanista europea ha dedicado normalmente una atención menor. De manera diferente, en el caso de la historiografía anglosajona, el Caribe ha sido analizado de manera independiente del contexto continental, casi como si representara un caso completamente aparte. Su integración en una obra que trata sistemáticamente la evolución del reformismo borbónico en el imperio hasta la cesura de las independencias permite, finalmente, apreciar en una sola mirada cercanías y distancias políticas, sociales y económicas entre el continente y las regiones insulares.

Otro punto de fuerza del volumen es su intento de desarticular la mitología construida alrededor del dualismo «Indios conquistados» vs. «Españoles conquistadores». Los autores contraponen eficazmente el binomio «República de indios» y «República de españoles». Sin querer desminuir el peso dramático que la conquista española tuvo sobre las poblaciones precolombinas, el libro destaca cómo el imperio habría elaborado progresivamente una extensa legislación que reconocía y tutelaba, la presencia de las comunidades indígenas dentro del encaje institucional de la monarquía. Como demostración de ello, en el texto se citan, por ejemplo, las movilizaciones indígenas a favor de Fernando VII y la oposición a las reformas liberales que intentaban amortizar las propiedades comunitarias nativas.

Finalmente, un último elemento que merece una mención particular es el análisis crítico del vínculo entre reformismo ilustrado y centralizador de los Borbones y el comienzo de las independencias que se encuentra en el volumen. Mientras la historiografía tradicional ha querido ver en la pérdida de autonomía de las élites indianas producida por las reformas borbónicas la causa desencadenante de las guerras de independencias, los autores proponen pistas diferentes. Y es justamente en este campo donde la posibilidad de comparar el caso continental con el caso insular produce los beneficios mayores en términos explicativos. Porque el caso cubano, donde la introducción de las reformas borbónicas no causó grandes trastornos en las relaciones con la metrópoli, refuerza una de las tesis que los autores proponen también para el caso continental, es decir, que no se puede establecer un vínculo tan directo entre las reformas de los Borbones, la pérdida de autonomía de las élites indianas y el comienzo de

las independencias. Otra vez, el caso de Cuba apuntala la tesis según la cual las élites indianas obviaron las reformas borbónicas por medio de distintas estrategias por ejemplo, la inclusión de elementos peninsulares en las redes familiares criollas que los autores aplican a la dimensión continental.

En el balance general de la obra, quizás, se habría podido incidir más sobre el papel que la invasión napoleónica de España, y lo que la nueva historiografía ha llamado «la crisis imperial», tuvieron en desencadenar el proceso de las independencias. El texto ilustra muy claramente cómo en el caso de Cuba y del Caribe fueron la esclavitud y la dimensión racial, y no el reformismo borbónico, los factores que interactuaron con la dinámica independentista. Para el caso continental resulta eficaz la crítica a las tesis historiográficas tradicionales y las ideas y puertas abiertas que ofrece para nuevas investigaciones.

Dicho esto, es indudable que, para la historiografía americanista española, el volumen representa una contribución muy relevante y, también, una operación editorial interesante. La calidad que caracteriza esta síntesis permite a la historiografía española de ámbito americanista apropiarse de las novedades que se han producido en los últimos años en el estudio de la América española y revindicar, al mismo tiempo, un papel de primer plano en el proceso de revisión y renovación de la historiografía latinoamericana. Además, al hacer parte de un proyecto editorial muy ambicioso tal y como es el de Síntesis, el carácter «reformador» del volumen adquiere una fuerza y una importancia todavía más relevantes. Porque, evidentemente, renovar la historiografía americanista es una etapa fundamental e ineludible en el proceso de revisión de la historia de España que la Editorial Síntesis y Elena Hernández Sandoica, en calidad de directora del proyecto, se proponen.

Vanni PETTINÀ
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

PLA BRUGAT, Dolores (coordinadora), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México, SEGOB-Instituto Nacional de Migración-Centro de Estudios Migratorios/Instituto Nacional de Antropología e Historia/DGE Editores, 2007, 644 pp.

Estamos situados a setenta años de distancia de los inicios de un importante fenómeno sociológico y cultural: el exilio republicano de 1939 que provocó la Guerra Civil española. También, en estos últimos años, la recuperación de la memoria histórica reciente está viviendo en España un impulso sin precedentes; puesto que, además, tal labor se ha visto reforzada y sancionada con la aprobación a finales de 2007 de la precisamente conocida como Ley de Memoria Histórica, la cual, entre otras normas, estableció diferentes medidas dignificantes del recuerdo de quienes padecieron persecución, exilio o violencia durante el conflicto bélico español y la dictadura subsiguiente. Con todo, no es que comenzara aquí la preocupación por preservar este recuerdo, que lleva implícito la documentación de la actividad de los españoles que tuvieron que

marcharse al exilio. Fuera de la política y de lo mediático, como bien nos demuestra ahora la ejecución de este libro —pues los ejemplos y antecedentes son abundantes—, en el mundo intelectual y cultural este tema venía siendo objeto de un gran interés y de notables actuaciones y aportaciones, y tanto desde la investigación, como de la reflexión y la creación. Pero todavía complace más comprobar, como nos corrobora este volumen colectivo, que no se trata únicamente de la situación y la actuación que se da en España, sino que, el interés y el estímulo que suscitan los estudios referidos al exilio español de 1939, también alcanzan a Latinoamérica.

Este libro coordinado por Dolores Pla Brugat, reputada investigadora y conocedora de la materia, precisamente nos abarca y reúne entre sus colaboradores ambos impulsos investigadores: el de allende y el de aquende. De manera que, de forma integradora y centrando los análisis en los aspectos socio-políticos y culturales, la obra nos amplía la perspectiva de las indagaciones existentes hasta la fecha, haciéndonos más presente la diversidad y representatividad de la recepción y desarrollo del exilio republicano español en varios de los países latinoamericanos más significativos respecto al fenómeno. Es así como, al acometer en conjunto los análisis sobre este exilio y ponernos en contacto con la diversidad de las huellas que dejó éste en México, República Dominicana, Chile, Argentina, Venezuela, Colombia y Puerto Rico, gracias a los trabajos correspondientes (respectivamente, debidos a la misma Pla Brugat, Juan B. Alfonseca, Giner de los Ríos, Encarnación Lemus, Dora Schwarzstein, Juan José Martín Frechilla, María Eugenia Martínez Gorroño y Consuelo Naranjo Orovio), al tiempo que se nos ensancha la perspectiva y las características del fenómeno, con su rápido cotejo se nos permite obtener nuevas conclusiones. La extensa panorámica conseguida con esta perspectiva de conjunto, acaso represente —como rotula el propio Nicolás Sánchez-Albornoz al prólogo del que dota al volumen— el «giro esperado»; en el sentido de que, este libro confluyente, saluda el inicio de un nuevo rumbo de historia comparada aplicada al estudio de este exilio en diferentes países transatlánticos. Lo cual, sin duda, redundará en su mejor conocimiento y comprensión, tanto para España como para Latinoamérica.

Esta intención de facilitar la comparación, para una mejor identificación y entendimiento del fenómeno, es a la que aplica su introducción la coordinadora, Dolores Pla, quien, además de pasar una rápida revista por las aportaciones historiográficas sobre el tema y exponer la novedad de los objetivos de la obra, también alude allí, con afán de síntesis, a la orientación de partida de las colaboraciones del volumen y a sus resultados. De modo que, esa voluntad conjunta de ofrecer una visión panorámica y comparativa de las diferentes experiencias, fundamentalmente debía acomodarse, para cada país, al análisis de las cuestiones de cuantificación y ubicación espacio-temporal de los protagonistas de este éxodo, a las características de las sociedades de acogida y a las fórmulas de inserción y organización de estos exiliados; así como a las características de su recepción y condiciones de establecimiento y permanencia, a sus más significativas aportaciones y a sus problemas de integración, aculturación e identidad. Los estudios que siguen a esta introducción, firmados por los autores que hemos mencionado, recogen ya las aportaciones concretas referidas a cada uno de los di-

ferentes países aludidos. Y, aunque se procuró partir del citado guión de análisis común, lo cierto es que resultan contribuciones muy diversas y diferentes, puesto que también las experiencias de este exilio actuaron de forma muy desigual y variable en cada uno de esos países y, en consecuencia, las cuestiones que más interesa analizar sobre uno u otro suelen ser de un tipo diferente y específico. Así, por ejemplo, si en cuanto al caso de México, el esquema resulta de una gran efectividad por sus especiales características; no ocurre lo mismo respecto a la Dominicana, donde las cuestiones de relación con el régimen y la situación de precariedad son necesariamente omnipresentes; o en relación a Chile, donde son preponderantes factores como el debate interno respecto a la recepción; o a Argentina, sobre la que lamentables circunstancias han hecho acudir a viejos textos fundamentalmente centrado en los primeros momentos; o a Venezuela, donde tanto se mezclaron las cuestiones migratorias y se estuvo al albur de los cambios políticos; o a Colombia, donde parece que esta emigración tuvo más peso específico de lo que hasta ahora podría suponerse; o a Puerto Rico, respecto al que tan trascendentes fueron las redes intelectuales tejidas con anterioridad al exilio.

El orden de análisis de estos países, por otro lado, tampoco parece precisamente elegido al azar; sino que su disposición en la obra se diría que ha sido establecido en función de la cantidad inicial de exiliados recibidos por cada país analizado —comenzando por la abundante y significativa acogida de México, hasta llegar a la pequeña y selectiva recibida en Puerto Rico— y la complejidad que, en consecuencia, revistió el fenómeno cada uno de ellos. Pero no deja de ser ilustrativo constatar estas diferencias y ponerlas en relación con las expectativas que tenía cada país al recibir esta emigración; lo que nos convierte al volumen en sumamente interesante e instructivo para sacar nuestras propias conclusiones, a la luz de los diferentes y profundos análisis contenidos.

He aquí con este conjunto de colaboraciones, por tanto, un estupendo y doble ejemplo de lo mucho que pueden ofrecer, por un lado, los análisis comparativos referidos a dilatados espacios y complejos períodos; por otro, las posibilidades de recuperación de la memoria histórica reciente desde diferentes enfoques y puntos de vista. Y he aquí, además, un buen punto de partida para una primera aproximación al conjunto del fenómeno del exilio español de 1939 en Latinoamérica, que estamos seguros que también servirá para incentivar la investigación y el estudio desde este tipo de perspectivas temáticamente confluentes.

Miguel CABAÑAS BRAVO
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

PUENTE CANDAMO, José A. de la y José de la PUENTE BRUNKE (eds.), *El Perú desde la intimidad. Epistolario de Manuel Candamo (1873-1904)*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008, 807 pp.

Es lugar común que los caminos para la reconstrucción de los procesos históricos tienen muchas bifurcaciones, y que difícilmente se alcanza el horizonte de esa «historia

total» por la que abogaba y por la que tanto hizo Fernand Braudel. Los condicionantes son múltiples y el acceso y disponibilidad de las fuentes no es el menor entre ellos.

Por lo que respecta a las coordenadas temporales en que se enmarca *El Perú desde la intimidación*, el último tercio del siglo XIX y los inicios del XX, hay que hacer notar que la documentación oficial que se conserva en archivos centrales y regionales es cuantiosa, lo que prueba, contra el pronóstico de algunos, el nivel de desarrollo y la complejidad del aparato político administrativo del Estado peruano. En Lima, a pesar de los desastres naturales, los sucesivos traslados y los distintos expolios, el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional, el Congreso del Perú o el Ministerio de Relaciones Exteriores, entre otros, guardan una ingente cantidad de documentos generados por los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, que abarcan desde las altas instancias (memorias de presidentes y ministros) hasta los escalafones más bajos (prefectos, gobernadores y alcaldes).

Con ser de consulta ineludible, la documentación oficial no agota la complejidad de la realidad histórica. Otras fuentes (prensa, literatura, ensayo, manifestaciones artísticas, testimonios orales) completan, y en ocasiones rectifican o perfilan, la voz oficial. Manuel Candamo (Lima 1841-Arequipa 1904) formó parte de los grupos de poder que se fueron conformando y reformulando en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Para estudiarlos hay que acudir a los documentos oficiales, por cuanto frecuentemente sus integrantes detentaron puestos públicos en instituciones y en órganos del gobierno. Si bien hay que admitir que hay espacios de conocimiento inaccesibles porque no han dejado rastro (es el caso de las negociaciones y decisiones a distintos niveles que se tomaron sin la presencia de «luz y taquígrafo», por ejemplo en reuniones en domicilios, en clubes exclusivos o en lugares de ocio), hay otros que se van desvelando gracias a la incorporación de archivos privados, tanto institucionales como familiares. Y entre ellos la correspondencia ocupa un lugar destacado.

Mientras que las memorias y las autobiografías suelen tener un componente de «autocomplacencia», de resaltar o silenciar parcelas de la realidad según conveniencia del autor, la correspondencia es una fuente más sincera, más sustentada en la confianza en el familiar, amigo o socio. En las cartas la información, los sentimientos y las actitudes se funden sin las trabas de tener que pensar en un destinatario que condicione el mensaje, ya sea un superior, una institución o hasta la opinión pública.

Lamentablemente, como observan los editores, este tipo de fuentes son escasas en el Perú en el que vivió Manuel Candamo, lo que da a su correspondencia un valor añadido. En *El Perú desde la intimidación* ponen a disposición de la investigación unos fondos singulares e inéditos. Pero no se trata de una mera transcripción y reproducción de las cartas que se conservan en el archivo familiar, lo que ya de por sí supone un trabajo prolijo y cuidadoso, que incluye una laboriosa tarea filológica, de ajuste del léxico y la ortografía, de explicar arcaísmos que serían ininteligibles, y de señalar aquellas cartas que están inconclusas o en mal estado. Estamos ante una investigación de historia social y política desde la perspectiva del poder del que Candamo formaba parte. En el estudio preliminar de la Puente Candamo y de la Puente Brunke profundizan en el contexto, el perfil biográfico, la actividad económica y la trayectoria política de

un hombre que fue testigo y actor importante durante una etapa crítica del proceso de formación del Perú republicano. Para hacerlo acuden a materiales de archivo: del Arzobispado de Lima incorporan partidas de nacimiento, matrimonio y defunción; del Ministerio de Relaciones Exteriores papeles de índole diplomática; y de la Municipalidad de Lima, el Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú, la Biblioteca Nacional, el Archivo General de la Nación y de instituciones diversas documentos misceláneos. A los documentos se suma la consulta y utilización de fuentes impresas y bibliografía especializada que contribuyen a reconstruir el mundo público y privado en el que vivió Candamo. El resultado es la aportación de un imponente aparato crítico que a lo largo de la edición de la correspondencia, aclara, completa y explica tanto las biografías de los actores sociales que van apareciendo como las situaciones que se van presentando.

El estudio preliminar y la propia correspondencia muestran a un Manuel Candamo que en política, muy por encima de la retórica del discurso, fue un hombre de acción que apostó y trabajó activamente por las causas en las que creía, y que no lo hizo a manera individual sino formando parte —en casos como líder— de instituciones y fuerzas políticas. Que en la actividad económica fue empresario antes que rentista, hombre de negocios y financiero, promotor de iniciativas acometidas con quienes serían sus amigos, socios y compañeros políticos. Que sin ser un intelectual al uso, se preocupó por conectar con la opinión pública y lo hizo colaborando en algunos de los principales periódicos de la época.

En la presentación de su biografía, en la que por cierto descubren en el vacío que cubre algunas etapas (los primeros tiempos de su actividad, la estancia en París, el viaje que realizó alrededor del mundo), los editores componen los perfiles de un hombre que proyectaba al exterior una imagen de seriedad rayana en la severidad, pero que en su vida personal valoraba y cuidaba los afectos hacia la familia y los amigos. Un hombre que transmitía a los suyos optimismo ante las adversidades y que creía, a pesar de momentos de desaliento, en las posibilidades de un Perú moderno en el que las disensiones internas, que criticaba sin reservas, pudieran superarse mediante la conciliación. Que tomó iniciativas empresariales y financieras junto a familiares y amigos de siempre, aunque en lo que era una tendencia habitual de la elite, algunas beneficiaran a intereses foráneos antes que revertir en el desarrollo nacional.

Simultáneamente entró en la vida pública ocupando puestos de diversa índole. La transitoria actividad diplomática le situó en dos núcleos candentes, Santiago de Chile y París (los editores llaman la atención sobre la ausencia de rastro documental de este segundo destino). Estuvo vinculado desde sus orígenes al Partido Civil, formación por la que luchó hasta el final de su vida participando en su reorganización en los años de la República Aristocrática y llevándola de nuevo al poder en 1903. Los conflictos internos fueron una constante en la trayectoria del país y le llevaron a duras reflexiones en las que atribuía las dificultades del Perú a la incapacidad y desinterés de los sectores del poder para llegar a pactos que hubieran permitido el desarrollo necesario y hubieran abierto la posibilidad de enfrentar a Chile en mejor posición cambiando el resultado final de la guerra. Él mismo se vio implicado en el enfrentamiento de faccio-

nes (estuvo con García Calderón y Lizardo Montero, y su proximidad con Cáceres sería causa de su segundo destierro en Chile). La Reconstrucción fue una etapa de reflexión y de intensa actividad económica y política. Candamo tomó las riendas del civilismo y sentó las bases de su reorganización que se formalizó en 1896 y que le llevaría a la Presidencia de la República en 1903. El alineamiento no implicaría intransigencia y enconamiento, bien al contrario, como muestran los editores, desde la década de 1890 sus gestiones para lograr una coalición entre civilistas y demócratas, las principales fuerzas políticas, fueron intensas.

Uno de los logros científicos de la edición es el haber conjugado criterios temporales y temáticos en torno al eje que articula las cartas, sus destinatarios. En función de ellos la correspondencia se estructura en cuatro apartados. El más cuantioso y también más valioso en términos de importancia histórica, agrupa las cartas a su esposa Teresa Álvarez Calderón (no se conservan las que ella le remitió) agrupadas en temas relacionados con momentos significativos de la actividad de Candamo. Llama la atención la frecuencia con que se dirigía a ella y la constante preocupación por tranquilizarla insistiendo en su buen estado de salud y en su capacidad de afrontar las adversidades, aunque no oculta el desgarró que le producen las separaciones, ya fueran voluntarias o provocadas por situaciones forzosas, como su intervención para someter el levantamiento de Nicolás de Piérola en 1874 o el envío de su mujer e hijos al norte y sus dos destierros a Chile.

El segundo y tercer apartados, más escuetos, cubren las cartas enviadas a sus hijos y parientes. Mientras que las primeras son escasas y de carácter exclusivamente afectivo, las que remite a sus hermanos (especialmente a Carlos) y otros familiares intercalan los sentimientos con temas de índole económica que tenían que ver con los negocios en los que estaban implicados. El último bloque es una miscelánea de intercambios con corresponsales diversos, que se concentran durante y después de la guerra con Chile. Entre los destinatarios figuran algunos nombres significativos de la vida social, económica y política que ayudan a desentrañar la naturaleza de los círculos en que se movía Candamo y quienes los integraban, y en ese sentido proporcionan líneas abiertas para avanzar en el conocimiento de los circuitos de poder a través de la construcción de biografías colectivas.

En cuanto a las coordenadas temporales, el punto de arranque es 1874, año en que Candamo se separa por vez primera de su familia y se traslada al sur para luchar a las órdenes del presidente Manuel Pardo, su amigo y correligionario, contra el levantamiento de Nicolás de Piérola. Viene después la larga y tortuosa experiencia del conflicto con Chile que supone de nuevo el desarraigo familiar, primero por el alejamiento preventivo que Candamo dispuso y que llevaría a su mujer y a sus hijos a Piura para alejarlos de la guerra, y después por los dos destierros del propio Candamo a Chile motivados por su implicación activa en la guerra. Por fin la intensidad que desplegó en los años de la Reconstrucción, especialmente durante la década de 1890, y la culminación en 1903 cuando liderando el Partido Civil alcanzaba la más alta Magistratura del país.

El Perú desde la intimidad es el resultado de años de trabajo conjunto de dos reconocidos historiadores peruanos, de un lado don José Agustín de la Puente Candamo,

maestro de varias generaciones, sabio en el sentido amplio de quien tiene capacidad y voluntad para ampliar y difundir conocimiento, y de otro José de la Puente Brunke, cuyos trabajos de historia social e institucional han renovado la investigación sobre el Perú virreinal.

Los interesados por la historia del Perú republicano estamos de suerte. No sólo por la naturaleza y valor de las fuentes inéditas que, generosamente, los editores hacen pasar de patrimonio familiar a patrimonio de todos. También porque por el enfoque, la metodología y el aparato crítico la obra constituye un modelo que, ojalá, sea pauta para que otras posibles iniciativas sigan su estela.

Ascensión MARTÍNEZ RIAZA
Universidad Complutense de Madrid

ROLDÁN DE MONTAUD, Inés (ed.), *Las Haciendas públicas en el Caribe hispano durante el siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, 414 pp.

El tema de las finanzas públicas ha sido, junto al de la moneda, un déficit tradicional en la historiografía de las Antillas hispánicas. Tal insuficiencia, sin duda muy sensible, ha venido lastrando el conocimiento de la evolución económica de las islas y, en particular, la comprensión de aspectos capitales en el funcionamiento del sistema colonial español durante el siglo XIX. Con el ánimo de contribuir a solventar esa carencia se celebró en Madrid, en noviembre del 2005, el seminario «Las finanzas públicas en el Caribe hispano (1800-1900)»; los trabajos presentados en aquella reunión aparecen ahora recogidos en el libro que comentamos.

Rara vez los resultados de un coloquio o simposio científico, por más precisa que haya sido la temática de su convocatoria, exhiben la integridad que plasma esta obra. Mediante la compilación de una docena de textos de autores diversos, editados por la coordinadora del Seminario, Inés Roldán de Montaud, se ha conseguido ofrecer una imagen bien coherente de las características y desenvolvimiento del fisco en las colonias antillanas de España durante algo más de un siglo, sin descuidar interesantes asuntos conexos.

A modo de indispensable antecedente, en un texto inicial dedicado a las finanzas del siglo XVIII, Carlos Marichal traza los rasgos esenciales del sistema hacendístico de «antiguo régimen» en el Caribe, el cual descansaba en la transferencia de fondos —los famosos «situados»— por parte del Tesoro novohispano hacia los «presidios» caribeños, pese a los empeños reformistas en pro de la autosustentación financiera de aquellas colonias. La importancia y destino de tales recursos, así como su papel en funcionamiento de la mecánica imperial, permiten comprender las transformaciones a que se vio abocada la Hacienda española en las Antillas una vez que desaparece el imperio continental.

Como cabría esperar, el grueso del libro está constituido por los trabajos dedicados a Cuba y Puerto Rico. Aunque menores en número, los estudios sobre el caso boricua ofrecen una visión, si no más completa, probablemente más panorámica o sistemática que los referidos a Cuba, pues éstos por lo general abordan la evolución del régimen fiscal a partir de ciertos problemas o coyunturas clave. Con una aproximación de apariencia biográfica —«De la dependencia a la autosuficiencia, Alejandro Ramírez y la Hacienda de Puerto Rico»— Luis González Vales examina ampliamente la crucial circunstancia en la cual Puerto Rico transita de la condición subsidiada característica de los años del «situado» hasta la creación de una genuina Hacienda insular, mediante la reorganización del fisco emprendida por el Intendente Ramírez y que, culminada por la Cédula de Gracias, propicia una nueva dinámica en la economía de la pequeña Antilla. Sin solución de continuidad, Birgit Sonesson analiza la política fiscal que se desarrolla desde 1815 hasta 1868, e indaga la situación hacendística y las principales decisiones tomadas en materia impositiva desde el ángulo de la correlación entre las aspiraciones metropolitanas y los encontrados intereses económicos actuantes en la isla. El tercio final del siglo lo cubre un trabajo de similares características, con el cual Inés Roldán revisa —de manera conjunta más que comparativa— el desenvolvimiento de las finanzas públicas en Cuba y Puerto Rico a partir de las fracasadas reformas fiscales de 1867 y 1868. La contribución de Antonio Santamaría —«Crecimiento económico y renta colonial en Puerto Rico»— estudia en el largo plazo (1778-1898) la economía boricua desde una perspectiva macroeconómica apoyándose en una estimación del Producto Interno Bruto de la isla, lo cual, además de proporcionar un útil contexto a los trabajos anteriores, da pie para evaluar el papel del mecanismo fiscal como factor de extracción de la renta por parte de la metrópoli.

Del examen de las finanzas cubanas se encargan cinco autores, comenzando por Candelaria Sáiz Pastor que centra su análisis en una etapa, la de 1823 a 1866, caracterizada por el sistemático desvío de fondos del Tesoro de Cuba hacia la metrópoli. Aunque la transferencia de rentas coloniales se prolonga hasta finales de siglo mediante mecanismos más complejos y encubiertos, durante el segundo tercio del XIX el fenómeno resulta muy ostensible, al plasmarse abiertamente en los presupuestos bajo el eufemístico acápite de «sobrantes». Claro que —como apunta la autora— el interés del asunto no radica solamente en la posibilidad de establecer con exactitud la cuantía de los recursos extraídos durante esta etapa por la vía fiscal, sino también en el hecho de que la avidez metropolitana actúa explícitamente como un factor determinante en la organización y funcionamiento de la Hacienda cubana. Otro problema de larga duración, la corrupción, ofrece el asidero para que Alfonso Quiróz desarrolle un interesante análisis funcional del manejo tributario y pueda precisar los fundamentos de esa lacra pertinaz, que combatida mediante la modernización de las prácticas hacendísticas, subsiste y florece bajo el aliento del contrabando negrero y los desmesurados aranceles de aduana. José Antonio Piqueras aprehende un asunto capital en el cuadro financiero cubano de la segunda mitad del siglo: la enorme deuda con que España abruma al Tesoro de la isla como resultado de sus aventuras neocoloniales y el esfuerzo militar para preservar su dominación en la mayor de las Antillas. Las peculiares ca-

racterísticas de tan formidable carga son explicadas en este trabajo a partir de los intereses que dominaban la economía de Cuba, tanto en la isla como desde la Península. El panorama de la Hacienda finisecular lo completa el trabajo ya aludido de Inés Roldán, quien con el aval de dos importantes monografías anteriores —una sobre el fisco durante la Guerra de los Diez Años y otra sobre un protagonista decisivo en esta trama financiera: el Banco Español— expone en precisos trazos el desenvolvimiento presupuestario en la isla hasta desembocar en la precaria situación fiscal que prevalece durante los años del último conflicto independentista. Oportuno colofón para el examen del caso cubano lo constituye el estudio de Alejandro García sobre la transición de las finanzas coloniales a las republicanas, centrado en las medidas tributarias y disposiciones organizativas de las autoridades interventoras norteamericanas que de 1899 a 1902 operan como factores esenciales en la transformación de la Hacienda insular.

Tres contribuciones adicionales complementan muy acertadamente el enjundioso contenido de esta obra. La primera de ellas, debida al historiador dominicano Jaime de Jesús Domínguez, indaga en la breve anexión de Santo Domingo a la corona española, para caracterizar el régimen fiscal implantado durante esos años y evaluar el papel desempeñado por las cargas contributivas entre los factores que desencadenaron la guerra restauradora de la república independiente. Juan José Díaz Matarranz se ocupa de Fernando Poo, una isla bien alejada en lo geográfico del archipiélago antillano, pero cuya historia financiera se encuentra estrechamente vinculada a las últimas posesiones hispanas en América, pues durante un buen tiempo la presencia española en ese rincón africano se sostendría a partir de los presupuestos de Cuba y Puerto Rico. Por último, Jordi Maluquer de Motes, vuelve a examinar las consecuencias de las guerras de 1895-1898 y actualiza sus conclusiones sobre estas mediante un análisis que ratifica el escaso efecto de dicho fenómeno en la economía peninsular, pero que al mismo tiempo le permite precisar el impacto ejercido por los gastos militares sobre las finanzas públicas de España, así como los procedimientos seguidos para el saneamiento de éstas.

Los aportes recogidos por *Las haciendas públicas en el Caribe hispano durante el siglo XIX*, no sólo enriquecen y sistematizan nuestros conocimientos sobre un asunto injustamente descuidado, sino que al relacionar realidades que la historiografía suele considerar de manera aislada, plantea nuevos problemas y ofrece invaluable pistas a la investigación. Valga, a modo de ejemplo, destacar cuánto interés despierta el contraste entre la temprana implantación de un impuesto directo en Puerto Rico —el llamado «subsidio»— y los reiterados fracasos experimentados por los intentos de instaurar un gravamen de similar índole en Cuba. Por último, al atestiguar la calidad e importancia de esta obra, subrayamos también su valor como evidencia de lo fructífera que va resultando la práctica de una historiografía comparativa.

Óscar ZANETTI LECUONA
Unidad de Escritores y Artistas de Cuba